



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

“Estrategias de sobrevivencia: negociación y resistencia”

Arturo Quintana Vergara

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Luis Reygadas Robles Gil

Asesores: Dr. Juan Castaingts Teillery

Dr. Francisco Javier Gómez Carpinteiro

México, D.F.

Septiembre del 2003



Índice

Introducción

Primera parte

I. Estrategias de sobrevivencia y poder doméstico	6
I.1. Estrategias familiares	10
I.2. Racionalidad colectiva vs racionalidad individual	11
I.3. Capitalismo y estrategias de sobrevivencia	17
I.4. Las E. de S en el marco del desarrollo capitalista	21
I.5. Familia y estructura	24

Segunda Parte

II. Estructurando el espacio doméstico	30
II.1. Dominación y resistencia	33
II.2. ¿Las estrategias de sobrevivencia como movimientos sociales?	36
II.3. Las lecturas de la resistencia	39
II.4. El ejercicio del poder doméstico	43

Tercera Parte

III. Consideraciones etnográficas	50
III.1. Los caminos de la diferenciación social	54
III.2. A manera de conclusión	58

Bibliografía

Anexos

Introducción.

El objetivo general de esta investigación es comprender la capacidad de los sectores populares urbanos y rurales para reproducir su fuerza de trabajo y así subsistir en contextos de vulnerabilidad permanente, marcados por el desempleo, la pobreza, y la desigualdad. En el fondo, lo que nos impulsa a llevar a cabo esta investigación es la perplejidad de ver reproducirse de manera incontenible un orden económico tan complejo como es el capitalismo, que sin prescindir de la fuerza de trabajo sobre la que se erigió, la excluye y la incorpora a un mismo tiempo de manera sorprendente. El objetivo principal es analizar la capacidad de las familias pobres urbanas para reproducir su fuerza de trabajo, y las contradicciones que este proceso genera al interior de las unidades domésticas.

La pregunta general de la que parte este trabajo es ¿son las estrategias de sobrevivencia un mecanismo eficiente que evidencia la capacidad de las unidades domésticas para organizar la fuerza de trabajo de todos sus miembros, y con el que resisten eficientemente al desempleo y a la pobreza? En este sentido, partimos de la hipótesis principal de que lo que se ha identificado como estrategias de sobrevivencia, es parte de un proceso de incorporación forzada a la reproducción de la fuerza de trabajo capitalista que; por un lado, exhibe la participación marginal de amplios sectores urbanos y rurales en el desarrollo del capitalismo; y por otro, muestra la capacidad de agencia de los sujetos para cuestionar los esquemas de desigualdad propios de este sistema de relaciones capitalistas.

Intentaremos, pues, explorar la capacidad de los individuos para cuestionar los efectos de estas contradicciones o aprovechar las fisuras, ya sea valiéndose de su nueva condición laboral para negociar los patrones de poder y dominación tradicionales al interior de los hogares o aprovechando el reacomodo que conlleva este proceso para rectificar antiguas posiciones de poder. Es decir, nos proponemos analizar las contradicciones de este proceso en el que, al mismo tiempo que se moviliza toda la mano de obra familiar adoptando como esquema de organización la división sexual del trabajo – sobre las categorías de género y edad – se genera un reordenamiento de las posiciones tradicionales y, en determinados contextos, se provocan fisuras en los modelos sobre los que se sostienen los patrones de poder y dominación tradicionales.

En este sentido, en tanto que se identifica a la familia como el actor principalmente involucrado en este proceso, adelantamos nuestra concepción del espacio doméstico como un espacio de negociación y conflicto, en el que se moviliza un conjunto de relaciones sociales articuladas a la relación entre capital y trabajo y en el que se configuran ciertas identidades y se moldean ciertas experiencias. Aquí, la hipótesis que acompaña esta idea es que este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo muestra la forma en que se configura un campo de tensiones donde los individuos no se adaptan mecánicamente a las transformaciones económicas, sino que responden de diversas formas según su trayectoria cultural, el contexto histórico y geográfico en el que se ubican así como el volumen y tipo de recursos que en esos momentos específicos poseen.

Es preciso aclarar que nuestras reflexiones se vierten sobre un sector específico: el sector popular urbano-rural que vive en una situación de vulnerabilidad económica determinada en gran parte por las exigencias de las fuerzas externas, como es el mercado de trabajo. Lo definimos como vulnerable, en el sentido de que el principal recurso material del que disponen, su fuerza de trabajo, se puede caracterizar por la mínima o nula cualificación, puesto que sus miembros cuentan, generalmente, con un muy bajo nivel de instrucción educativa. Sabemos que esta clase trabajadora no es nada nueva para el capital, sin embargo, a la luz de los nuevos movimientos económicos propios de la globalización, del crecimiento demográfico, etc, las características de esta mano de obra cobran particular relevancia. Aquí, la movilización de sus miembros fuera del país (migración) desempeña un elemento fundamental en su comprensión.

Nuestras reflexiones tienen como referente un amplio sector, y varios de los enfoques que discutimos en este trabajo así lo confirman, no obstante parten de un conjunto de observaciones empíricas de grupos concretos como son las familias productoras de ladrillo del valle de Cholula, Puebla.

Para abordar el estudio de estos procesos partimos de una revisión teórica de los estudios que en América Latina, definieron esta incorporación-exclusión de las familias a la fuerza de trabajo como estrategias de sobrevivencia (Duque y Pastrana 1973, Bilac 1978, Schmink 1979). La intención es aclarar el contexto teórico y etnográfico en el que se ubica nuestra pregunta principal y así introducimos en la reflexión de otros aspectos que, desde nuestra perspectiva, forman parte fundamental de este proceso. Dividimos el trabajo en tres

secciones. En la primera parte, elaboramos una revisión crítica de los trabajos que, implícita o explícitamente, se inscriben en el estudio de lo que se ha denominado estrategias de sobrevivencia (González de la Rocha 1986, García et al 1988, Sheridan 1991). Intentaremos explorar el papel que la familia, como institución encargada de movilizar esta mano de obra, ha jugado y juega en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo capitalista. El propósito es, por un lado, definir en qué sentido, y en determinados contextos, podemos decir que la unidad doméstica es un actor colectivo que, al generar ciertas prácticas de sobrevivencia, actúa de manera estratégica y responde de manera racional a la presión que sobre él ejercen las fuerzas externas, y por otro dilucidar la forma en que la familia, en el marco del capitalismo, tiene efectos regulatorios sobre los individuos. Intentaremos pues aclarar nuestra sospecha de que la condición subordinada de estos sectores no puede explicarse sólo en relación a las fuerzas económicas externas. Abordaremos esta cuestión con la discusión de la noción de estrategia, ya que consideramos que este concepto, más que sugerir un problema conceptual, ilustra esa tensión existente entre la visión que le otorga un peso fundamental a las estructuras y aquella que apuesta por la capacidad de agencia de los actores implicados y que demuestra cómo sus prácticas cotidianas orientan algunos cambios al interior del espacio doméstico.

La segunda parte intenta profundizar estas ideas, por lo que intentaremos sustentar la hipótesis de que este proceso, lejos de moldear los comportamientos de los individuos, exhibe un reordenamiento de las posiciones no sólo al interior de los espacios domésticos, sino en algunos casos, como lo demuestra el trabajo de Cecilia Blondet (1990), en las mismas comunidades, donde se reconfiguran o modifican los modelos tradicionales de poder y dominio asociados a la figura del proveedor. Entre la primera y la segunda parte de este trabajo hacemos una somera revisión de la literatura de la resistencia con el propósito de aclarar que, si bien muchos fenómenos populares pueden, como señala García Canclini (1984), ser sólo simples recursos para resolver los problemas cotidianos al margen del sistema hegemónico, nunca debe darse por supuesta la idea de que prevalece una enajenación omnipresente en los subalternos.

En la tercera sección trataremos de vincular la discusión teórica con algunas referencias empíricas obtenidas de nuestras propias observaciones con estas familias. El

objetivo es ilustrar la base empírica de nuestras hipótesis y allanar el camino para una conclusión.

I. Estrategias de sobrevivencia y poder doméstico

El estudio de las estrategias de sobrevivencia ha estado asociado a un conjunto de actividades socioeconómicas que le ha permitido a un vasto sector urbano y rural asegurar su reproducción en situaciones de vulnerabilidad económica, política y social. Entendidas como un conjunto de prácticas sociales, y enmarcadas en el contexto de las crisis económicas, estas estrategias de sobrevivencia, en tanto que están orientadas a la consecución de los ingresos mínimos para la reproducción de los individuos, se conciben sobre todo como respuestas de la gente pobre en un contexto de precariedad laboral, desempleo y desigualdad¹.

En términos empíricos, estas prácticas aluden a una gama de actividades: se habla de venta ambulante, trabajo a domicilio que puede incluir maquila domiciliaria, bordado de piezas precortadas, costura, servicio doméstico, o bien, pequeña producción de mercancías y otras actividades cotidianas y rutinarias que se caracterizan por estar basadas en la familia. Algunos investigadores han identificado estas prácticas como propias de un sector marginal que subsiste en condiciones de inseguridad inherente (Lomnitz 1998a). Otros, sin negar que la vida de los sectores populares, campesinos y urbanos se ha vuelto más complicada, rehusan el uso del término "marginal" para designar a los principales sectores involucrados en estas actividades, pues señalan que estas formulaciones "tienden a juntar diferentes tipos de subpoblaciones que a menudo tienen poco en común, social y culturalmente, aparte de su pobreza" (Worsley 1984; 195).

Este señalamiento es importante pues implica reconocer que, en términos generales, los sectores populares no son homogéneos, por lo que se debe tomar en cuenta su

¹ Esta identificación de las estrategias de sobrevivencia con las actividades puramente económicas que la gente despliega siguiendo una lógica de subsistencia puede ubicarse, en parte, del viejo debate entre formalistas y sustantivistas. Sin embargo, esta asociación, también se puede ver como herencia directa de los puntos de vista de Chayanov (1966). Cook y Binford (1995) han criticado la tendencia que ve, en el caso de la pequeña producción de mercancías en Oaxaca, la realización de una estrategia de sobrevivencia, "como fruto de una lógica guiada por la pobreza que mantiene pobres sus sujetos/agentes mientras la siguen practicando. Para estos autores, esta concepción distorsiona la comprensión de la dinámica de la vida y la acumulación entre los campesinos del tercer mundo.

heterogeneidad interna a la hora de comprender sus estrategias de sobrevivencia como respuestas económicas, políticas y culturales. Así, al señalar que nos ocupamos de las estrategias de sobrevivencia tomamos en cuenta que existen formas y diferencias específicas entre los arreglos familiares, diferencias dadas no sólo por la forma en que cada familia hace uso de sus principales recursos, y que explica, al menos parcialmente, por qué algunas unidades domésticas encuentran más viable la pequeña producción mercantil que el pequeño comercio, o el empleo a destajo, sino también por el contexto cultural, la trayectoria histórica y el espacio geográfico en el que se inscriben. Sin embargo, el que valoremos de tal forma la especificidad de cada grupo no nos impide sugerir que, ateniendo a los arreglos domésticos, es posible observar ciertas regularidades.

Por un lado, consideramos de fundamental importancia advertir las diferencias porque esto nos impide caer en la falacia de la generalización y ver este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo como un acto mecánico en el que los sujetos aparecen totalmente subordinados a las estructuras económicas. Por otro lado, partimos de la idea de que, en la actualidad, estas formas de reproducción económica operan bajo el esquema de la división sexual del trabajo como principio de organización de la mano de obra familiar. Pero intentaremos ser un poco más precisos. Cuando decimos que existen ciertas regularidades en este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, aludimos a la organización de la mano de obra familiar basada en las categorías de género y edad. Sin embargo, somos conscientes de que su funcionamiento y sus efectos en las relaciones sociales, tanto al interior del espacio doméstico como al exterior, no pueden generalizarse para todos los grupos sociales. Esta idea no debe llevarnos a celebrar una postura relativista que ve en el entendimiento de las diferencias culturales la solución al problema de la comprensión de las estrategias de sobrevivencia. Cuando hablamos de que existen ciertas regularidades, lo que nos interesa señalar es que este esquema de organización de la fuerza de trabajo familiar constituye, de cierta forma, la base social sobre la que se construyen las estrategias de sobrevivencia. Pero este proceso no es automático, sino que se articula de diversas formas con las relaciones de subordinación y de poder preexistentes entre los miembros de un determinado grupo.

Así, cuando un grupo despliega una estrategia de sobrevivencia, nos parece muy riesgoso afirmar a priori que la eficacia de esta estrategia está asegurada, como si su

funcionamiento dependiera, única y exclusivamente, de un conjunto de voluntades. Por el contrario, creemos que cuando un grupo doméstico genera una estrategia de sobrevivencia, moviliza sobre todo su principal recurso que es la mano de obra de todos sus miembros, y de esta forma está, por un lado, respondiendo, casi de manera adaptativa, a las fuerzas de las restricciones materiales que las estructuras económicas orientan desde fuera, así como reproduciendo un orden en el que las desigualdades y la diferenciación social revisten nuevas formas. Y por otro lado, este proceso es complejo y contradictorio, pues varios trabajos han mostrado (Wilson 1990, Safa 1995, Gutmann 1996, Bastos 1999) que, en este marco de relaciones estructurales, los actores construyen un conjunto de experiencias que, en determinadas circunstancias, emplean para cuestionar o resistir los efectos que estas desigualdades generan.

El marco en el que ubicamos estas relaciones lo conforma sobre todo la unidad doméstica, pues es sobre la base de esta estructura que los miembros diversifican sus tareas y ocupaciones, pero también desde donde se negocia, se discute o se valora la capacidad laboral de, y entre los miembros.

Tomamos en cuenta las variables demográficas y laborales de la familia según el contexto y el momento para entender el conjunto de nuevas relaciones y experiencias que se generan, así como la forma en que esto determina los comportamientos masculinos y femeninos. Como lo señalamos anteriormente, partimos de la suposición de que existen ciertas regularidades derivadas del mismo proceso de reproducción de las relaciones capitalistas, regularidades ligadas sobre todo a la división sexual del trabajo y a los modelos de conducta establecidos sobre éste mismo esquema.

Es decir, consideramos que sobre estos modelamientos de conducta, por decirlo de alguna forma, configurados históricamente, se designan posiciones y atributos que lleva a los individuos a comportarse de determinada forma y a intentar mantener el control de un conjunto de recursos asignados socialmente. Sin embargo, estas posiciones y atributos, en tanto que construcciones históricas, no permanecen inmutables, lo que permite apreciar cierta ambigüedad en este proceso. Es en este sentido, que una de nuestras hipótesis sugiere que estas estrategias de reproducción social, al igualar en términos laborales a hombres y mujeres, modifican los escenarios domésticos reordenando las posiciones de los individuos

y generando nuevas experiencias, que, en determinadas circunstancias, pueden ser empleadas para cuestionar o desafiar las posiciones dominantes socialmente asignadas.

Este proceso de reordenación se presenta estrechamente ligado a las condiciones materiales de existencia, y la tensión deviene de la movilización de los recursos, por parte de los propios individuos, para defender su propia posición. Esto se presenta entonces como un proceso de negociación de posiciones que puede generar situaciones de conflicto y de violencia intrafamiliar, pero que difícilmente conlleva cambios fundamentales en los comportamientos esperados de las personas, en parte por la naturaleza misma de los contextos culturales. En este sentido podemos ver que aun cuando las mujeres participan con la misma intensidad o probablemente más que los hombres en las actividades laborales, sus acciones no socavan de manera inmediata los patrones de autoridad masculinos, y muchas veces ni siquiera permiten que se negocie su propio estatus y papel generalmente subordinado.

Esto nos lleva a advertir que lo que se ha dado en llamar estrategias de sobrevivencia no se construye al margen de las relaciones asimétricas entre los géneros y las generaciones, sobre todo cuando la familia se convierte en el principal escenario del empleo. Así, cuando podemos constatar que las familias incorporan a otros miembros como fuerza de trabajo para generar más ingresos o utilizar un conjunto de redes sociales para proveerse de diferentes servicios no podemos pensar en que la reciprocidad implica igualdad.

En este sentido, nuestra intención es comprender, a través del análisis de las condiciones en las que se cuestionan los modelos tradicionales de poder y dominación entre hombres y mujeres, la forma en que se configura la capacidad de agencia de los individuos en este proceso. Con este trabajo intentamos situarnos en una posición equilibrada en el terreno de las discusiones sobre las relaciones de poder entre géneros, y que conceden una importancia excesiva a las mujeres (Lagarde 1996, Arizpe 1986, González de la Rocha 1988) o a los hombres (Kaztman 1992, Gutmann 1993, 1996). El propósito aquí es entender el poder doméstico (Bastos 1999) a partir del funcionamiento de un principio de organización social ligado a la reproducción de las condiciones materiales de existencia: la división sexual del trabajo.

Para esta tarea, nos ha sido muy útil la propuesta de Eric Wolf (1990, 2001) para entender las formas que el poder adquiere en este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Wolf sugiere ver el poder en términos correlativos, no como un paquete de poder, pues de esta forma se puede concebir como un aspecto de muchos tipos de relaciones. Desde su perspectiva el poder funciona de manera distinta en las relaciones interpersonales, en los medios institucionales y al nivel de las sociedades. Distingue 4 modalidades: i) el poder de la potencia o la capacidad que se considera inherente a un individuo; aquí el poder destaca la manera en que las personas entran en un juego de poder, pero no explica de qué se trata ese juego. ii) Un segundo tipo se manifiesta en las interacciones y las transacciones entre la gente y expresa la capacidad que tiene un *ego* para imponerle a un *alter* su voluntad en la acción social (éste sería el punto de vista weberiano, según Wolf), y no se especifica la naturaleza de la arena en la que se desarrollan estas interacciones; iii) el poder controla los contextos en los que las personas exhiben sus propias capacidades e interactúan con los demás. Aquí se centra la atención en los medios por los cuales los individuos o los grupos dirigen o circunscriben las acciones de los demás en determinados escenarios. Él lo llama poder táctico o de organización; y iv), el poder estructural, que articula las demás modalidades; así, no sólo opera dentro de escenarios y campos, sino que también organiza y dirige esos mismos escenarios, además de especificar la distribución de los flujos de energía. Se trata del poder que despliega y distribuye la mano de obra social, tal como lo estableció Marx y que, como señaló Foucault, construye subjetividades para el dominio.

I.1. Estrategias familiares

Desde la perspectiva de la antropología y la sociología, el despliegue de las estrategias de sobrevivencia aparece como una operación basada en el hogar o en la familia (Smith 1991, De Teresa 1992), y se caracteriza no sólo por su carácter marginal, pues casi siempre opera fuera de las formas de protección ofrecidas por los programas estatales, sino también por exhibir el carácter creativo de los grupos subordinados. Estos fenómenos han sido estudiados también por economistas, demógrafos e historiadores (Portes 1981, Douet 2002, Schnider & Schnider 1996, Rossiaud 1988, cit. en Creed 2000), pues involucra no sólo a las familias sino a un conjunto de actores como el Estado y las grandes empresas capitalistas,

que interactúan entre sí en determinados espacios sociales y bajo contextos históricos específicos.

De esta forma, el hogar, la familia y el grupo doméstico aparecen como el "locus" del impacto principal de los cambios socioeconómicos, pero también como un actor social que despliega un conjunto de recursos para asegurar la reproducción social y con esto su continuidad como grupo.

Esta idea de que son las familias las que despliegan las estrategias de subsistencia en situaciones de vulnerabilidad económica y social implica abordar varias cuestiones, que se desprenden de las anteriores anotaciones. La primera tiene que ver con el significado mismo de estrategia y con el cuestionamiento de la capacidad de las familias para sostener un proyecto común en detrimento de los propios intereses individuales de sus miembros. Aquí nos preguntamos ¿la diversificación de tareas al interior de los hogares permite pensar en una estrategia colectivamente racionalizada? ¿Son los miembros que la integran, quien de forma colectiva deciden los recursos y los mecanismos que se emplearán para subsistir? ¿Cuál es el peso de las circunstancias en la toma de decisiones? ¿Qué tan aislada está la unidad doméstica de las fuerzas externas como para poder decidir internamente sus posibilidades? De la respuesta a estas preguntas se deriva una segunda serie de cuestiones, ¿Cómo entender a la luz de los arreglos domésticos en el marco de las estrategias de sobrevivencia, la relación entre los géneros y las generaciones? ¿Cómo trastoca la participación equitativa de hombres y mujeres en la fuerza de trabajo su posición asignada socialmente en los espacios domésticos? ¿Qué tan intacta se traslada la división social del trabajo al interior del hogar en estos arreglos? ¿Qué recursos despliegan los sujetos para mantener o modificar las posiciones? ¿Qué relaciones asimétricas se generan o se mantienen en este proceso?

1.2 ¿Racionalidad colectiva?

Bajo el rótulo de estrategias de sobrevivencia podemos agrupar un conjunto de trabajos en antropología y sociología que surgen con la intención, explícita o implícita, de estudiar el conjunto de mecanismos intra y extradomésticos de que se valen las familias en un intento por mantener niveles mínimos de seguridad económica y social. Algunos autores (Selby *et*

al. 1994, Argüello 1981) ubican el uso de este concepto a partir de los años setentas, sobre todo en contextos urbanos.

Las primeras relaciones que se analizaron bajo este rubro expresaban un ajuste entre el comportamiento reproductivo de las familias y sus necesidades económicas. Uno de los análisis pioneros que introdujeron el concepto de manera más o menos formal, fue el de Joaquín Duque y Ernesto Pastrana (1973). Aunque, según Selby (1994), la noción de estrategia no fue directamente observada en este trabajo, sí se empleó para designar una variedad de arreglos con que las familias chilenas necesitadas aprovechaban las escasas oportunidades de generar ingresos. Paradójicamente, los resultados arrojados por su estudio cuestionaban esta noción pues en ellos, la participación de los hijos y la esposa en las actividades económicas, el número de hijos, o el nivel de ingreso y consumo familiar, estaban condicionados por la inserción del jefe del hogar en la estructura productiva.

Otro trabajo que en esa década también se ocupó de las estrategias familiares fue el de Elizabeth Bilac (1978). Esta investigadora se centró en las estrategias de organización de la vida familiar de los trabajadores manuales y no manuales en Sao Paulo, Brasil. El interés de su trabajo reside en que, al subrayar que las estrategias de sobrevivencia reproducen los esquemas de trabajo y la posición del grupo en la estructura social, contribuyó a debilitar el mito de que la esfera doméstica y la del trabajo eran dos cosas separadas. En su investigación vemos la división sexual del trabajo entre los miembros del hogar operando conforme a la división social del trabajo en el nivel estructural (García *et al.* 1988).

Poco después, la investigación de Marianne Schmink (1979) se orientó en el mismo sentido, ya que en el centro de su análisis está el vínculo conflictivo entre las unidades domésticas y la estructura social. El objetivo de Schmink es investigar cómo los hogares en situaciones económicas críticas desarrollan determinadas estrategias para intensificar la capacidad de trabajo. La autora encuentra que la capacidad de las familias depende de la disponibilidad de trabajadores, pero también de la capacidad de sus miembros principales para tolerar tiempos extras, trabajos nocturnos, o de su disponibilidad para combinarlo con el autoempleo y activación de ciertas redes de intercambio. Al igual que Duque y Pastrana (1973), y que Lomnitz (1998a) en México, Schmink hace hincapié en la importancia de estos vínculos intra y extradomésticos, proporcionando una imagen de contactos múltiples

que desbordan el núcleo principal de la familia y sobre los que se sostiene parte de la seguridad perdida por la precariedad y el desempleo constante.

En esa misma década podemos situar los trabajos elaborados por dos grupos distintos de investigadores: (i) el del Programa de Investigación Social de la Población en América Latina (PISPAL), en el que, según Selby *et al.* (1994), Susan Torrado (1978) trabajó directamente el concepto de estrategias proponiendo diferenciarlo en “estrategias de sobrevivencia” y “estrategias de la vida familiar”, y (ii) el del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), que sobre las observaciones de los anteriores trabajos sugirió poner en el centro de la cuestión “el grado en que la unidad doméstica funciona como eje en la organización de las diversas actividades necesarias para el mantenimiento cotidiano de sus miembros integrantes” (Jelin 1979; 2).

Las propuestas de ambos grupos lanzaban al aire por separado cuestiones que hasta entonces se habían soslayado en el estudio de las estrategias familiares. El grupo del CEDES proponía que no se podía aceptar a priori que el sólo hecho de pertenecer a un hogar supusiera la puesta en práctica de ciertas estrategias de sobrevivencia. Entre otras razones, porque se pasaba por alto que las situaciones permanentes de pobreza difícilmente se sostienen en condiciones de armonía, cooperación y racionalidad ¿Cómo hablar de responsabilidades compartidas cuando estas estrategias reproducían, casi de manera intacta, las divisiones del trabajo al interior del hogar sobre las diferencias de género y edad características de la estructura laboral más amplia?. Además, si algo se ponía en evidencia con esta diversidad de arreglos familiares, sus transformaciones, y su interacción con las macroestructuras, era que estos mecanismos no constituían una alternativa para enfrentar las nuevas desigualdades y las situaciones de pobreza.

Otro trabajo posterior que refleja estas tensiones, y que adoptó el empleo de la noción de estrategias de sobrevivencia como categoría analítica para analizar la forma en que se relacionan las unidades domésticas con las estructuras externas del capitalismo, es el realizado por Marielle Pepin y Teresa Rendón (1985). En una investigación que recoge los planteamientos de Chayanov, y evidencia cierto interés por el enfoque marxista integrándolos en un marco de análisis contemporáneo sobre la realidad agraria mexicana, su noción de estrategias de reproducción aparece como una categoría que plasma la interdependencia de las funciones productivas y consumidoras de la unidad doméstica y

articula los objetivos de la unidad con las vías alternativas que ésta puede desarrollar hacia ese fin. En un intento por aplicar esta categoría al análisis del comportamiento económico de las familias campesinas y delinear las relaciones que unen y oponen a las familias entre sí a través de la determinación de las condiciones locales, su trabajo nos lleva a subrayar la importancia de la fuerza de trabajo como uno de los principales recursos que les permite a las familias implementar determinadas estrategias de reproducción.

En su investigación, las autoras reconocen los efectos que el capital ejerce en su conjunto sobre el campesinado y la forma en que esto se conjuga con las características particulares de las comunidades (geográficas, económicas, políticas y culturales) para limitar las opciones de las familias. Éstas no aparecen como unidades autocontenidas, que se mantienen distantes de procesos externos. Por el contrario, están estrechamente vinculados con las fuerzas del mercado que los incorpora en condiciones de desigualdad permanente.

Así, por un lado, de su capacidad para aprovechar la intensificación del trabajo, de diversificar las tareas entre sus miembros, del acceso a los medios locales de producción y de la estructura de la familia dependería su ubicación en el conjunto de relaciones sociales locales. Esto también permitiría dar cuenta de las estrategias productivas en las que participan y de sus resultados. Por otro lado, reconocen que, aun cuando puede haber un uso eficiente de sus principales recursos, las opciones que se ofrecen no pueden ser aprovechadas de igual manera, pues existen familias que han logrado un mejor acceso a estos medios y otras que carecen prácticamente de ellos.

El trabajo de las investigadoras sugiere líneas importantes de investigación, pues plantea que las estrategias de reproducción se articulan alrededor de los distintos patrimonios familiares, y que a su vez éstos constituyen el principal factor limitante. También permite crear un panorama menos romántico y más específico sobre la forma en que se corresponden las distintas exigencias que el sistema capitalista impone a estas unidades y las variadas formas organizativas con las que responden, así como la manera en que se configuran los mecanismos de subordinación y diferenciación social en contextos específicos. No obstante, aun cuando acepta que en este doble carácter (venta de fuerza de trabajo y producción) las unidades domésticas reflejan un modo particular de organización fundado sobre la articulación orgánica de sus recursos productivos, y la situación de

dependencia económica que las obliga a buscar fuentes de ingreso, no parece haber mucho espacio para la capacidad de agencia de los individuos. Las estructuras históricas los tienen confinados a reproducir un comportamiento de subsistencia, o, en el mejor de los casos, a ver la forma en que se reproduce su condición subordinada por falta de medios de producción.

Si volvemos la mirada al conjunto de los trabajos esbozados anteriormente, y si prescindimos de sus enfoques teóricos, podemos vislumbrar la conformación de una realidad que se ha vuelto patente con el paso de los años, y en el que un amplio sector de la población rural, pero sobre todo urbana, estaba siendo involucrado en un nuevo proceso de reproducción del capital y de la fuerza de trabajo, y que, desde esos años, estaba siendo relegado de todo beneficio. Este proceso puede verse como el signo de una nueva etapa del capitalismo que, habiendo permitido alcanzar a algunos países de América Latina una relativa estabilidad económica a partir de los sesenta, entraba en esos años en una nueva etapa de desigualdades sociales y polarización de la riqueza.

Lo que estos trabajos nos muestran, es, en términos muy generales la formación de nuevos escenarios de trabajo y nuevos actores, a los que las grandes empresas aún recurren para continuar con aquellas estrategias de producción flexible que pusieron en práctica en aquellos años, y en las que el proceso de producción aparecía ya separado en varias etapas y distribuido geográficamente en varias regiones del mundo. Estas estrategias de producción crearon así nuevos tipos de trabajadores, feminizaron el trabajo en algunas zonas y debilitaron el poder de los sindicatos en otras, también les impusieron a los Estados nuevas reglas de juego en la participación de los beneficios.

Así, lo que llamó la atención en este periodo de nuevas crisis es que los nuevos sectores de fuerza de trabajo, obligados a una movilidad constante y despojados de sus medios de producción, no pudieron ser definidos o clasificados dentro de las categorías laborales tradicionales, ya sea como campesinos o como proletarios². Pero en este contexto se podemos preguntarnos, siguiendo a de la Peña (1999) ¿Hasta qué punto en los periodos

² Palerm (1981), al analizar la relación contradictoria entre el sector campesino y el capitalismo, así como los fenómenos concurrentes de proletarianización y recampesinización, sugería que la persistencia de este sector encontraba parte de su explicación en los procesos adaptativos de los campesinos a las transformaciones de la sociedad mayor. El éxito de las estrategias adaptativas dependía de 3 condiciones: acceso a la tierra, grado de control sobre su propia fuerza de trabajo (a través de la unidad doméstica) y del mantenimiento de ventajas comparativas (operar no bajo la lógica de la ganancia sino de la satisfacción de las necesidades).

de relativa estabilidad económica se habían consolidado las clases obrera y media? o ¿En qué medida la inserción laboral, la experiencia de movilidad geográfica y social y la construcción de sus propios espacios urbanos estaban modelando una experiencia laboral común? ¿Hasta qué punto pues era una sola clase popular la que migraba a Estados Unidos, la que se empleaba en fábricas y vendía chicles, la que construía sus propias casas y sus propios barrios?. A cargo de quién había quedado o estaban quedando los trabajos de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Parece haber un consenso de que la mayor parte de las respuestas a estas transformaciones se dieron no por agregados individuales, ni por sectores, sino, por agregados familiares y cuyas características sociales (baja cualificación de la mano de obra, ausencia de recursos económicos) ponía en evidencia su vulnerabilidad.

Los mecanismos de defensa de las familias pobres comenzaron a llamar la atención. Eran los individuos, a través de su pertenencia a una organización familiar, los que estaban reproduciendo por su cuenta su fuerza de trabajo. ¿Pero qué transformaciones se estaban dando en estos nuevos escenarios? ¿Cómo estaban operando estas nuevas experiencias laborales al interior de los espacios domésticos?

Los estudios que en antropología y sociología se realizaron, en el contexto de estas transformaciones económicas y políticas³ sobre los mecanismos de defensa de las familias populares frente a las crisis, evidenciaron algunas de las contradicciones intrínsecas a los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo.

En algunos de los trabajos citados anteriormente la unidad doméstica aparece acotada tanto por las diferencias de género como por el mercado de trabajo. Pero en este sentido cabe preguntarse, como lo hizo Selby *et al* (1994), ¿quién define y cómo se puede definir la racionalidad de estos nuevos actores sociales en el juego de la supervivencia?. Efectivamente, algunas feministas (Folbre 1988, cit. en Creed 2000) han sugerido, por ejemplo, que en el concepto de estrategias domésticas se encuentran reflejados sólo los intereses de los varones dominantes impuestos sobre el resto de los miembros del hogar.

³ Según Alonso (1990), a partir de 1975 un grupo de antropólogos comenzó a investigar en México la maquila domiciliaria. Una de las nuevas características de este modelo manufacturero era que se apoyaba, sobre todo, en la fuerza de trabajo de las amas de casa, y funcionaba en la clandestinidad. Para otros trabajos que señalan una relación "obvia" entre las crisis económicas de estos años y las estrategias de sobrevivencia de las familias mexicanas, véase Arias (1988) y Treviño (1988).

Otros consideran que ver las prácticas económicas de las familias encaminadas a generar ingresos como producto de una estrategia no solamente falsea el resultado, sino que ignora la lucha implícita en estos procesos (Schmink 1984). Creed (2000) ha señalado que es un defecto común de los estudios sobre la familia convertirla en un caja negra, en un actor en sí mismo. El riesgo de incurrir en este error nos puede llevar a olvidar las relaciones sociales que la constituyen y eclipsar los conflictos y divisiones a su interior. ¿Cómo analizar este interjuego entre los intereses individuales y colectivos? ¿Cómo se intersectan, en el espacio doméstico, los distintos intereses de los individuos, y cómo afecta este proceso la eficacia de las estrategias de sobrevivencia?

I.3. Estrategia y conflicto

La noción de estrategia es importada del lenguaje militar. El general francés André Beaufré señala que “la esencia de la estrategia reside en el juego abstracto que resulta, como lo dijo el general Foch, de la oposición de dos voluntades. Es el arte que permite, independientemente de toda técnica, dominar los problemas inherentes a todo duelo a fin de permitir, justamente, el empleo de las técnicas con un máximo de eficacia. La estrategia es entonces el arte dialéctico de fuerzas o, para ser más precisos, el arte de la dialéctica de voluntades que se sirve de la fuerza para resolver un conflicto” (1963, cit. en Zamorano 2001; 8).

Castaingts, por ejemplo, en su análisis de la empresa en el mundo triádico como centro productivo y simbólico, reconoce la relación de la noción de estrategia con esta visión militar. Siguiendo a Poirier, el investigador señala que “se puede decir que la estrategia implica dos elementos clave: primero, proviene de la interacción de un grupo con los otros en el interior de un sistema complejo; segundo, se establece por grupos organizados que buscan alcanzar un objetivo” (Poirier 1997 y 1983, cit. en Castaingts 2000; 160). Más adelante, al destacar varios elementos de la definición de Poirier, como la interacción, la búsqueda de un objetivo, propósitos, etc, este autor nos indica la implicación de dos elementos más: una racionalidad limitada y procesual. Castaingts elabora un ejercicio comparativo entre la noción militar y la noción corporativa para explicar un modelo de decisiones, de planes que las instituciones empresariales deben adoptar, no

simplemente para participar, sino para ganar en un mundo de competencias orientado por la lógica capitalista.

Selby (1994) ha objetado el uso de esta noción para analizar las situaciones de las familias mexicanas. Aunque reconoce que el trabajo que realizó con Murphy y Lorenzen sobre los mecanismos de defensa de las familias urbanas mexicanas está fuertemente influenciado por la teoría económica de la fecundidad de Becker (1964), no acepta que estas familias vivan en un mundo racional o, en sus palabras, "que la racionalidad de sus decisiones demuestra una racionalidad más general del sistema económico y político" (Selby 1994; 116). Para estos autores, la noción de estrategia está estrechamente ligada con la teoría de juegos, y su aplicabilidad supone la existencia de un conjunto numeroso de alternativas que el sujeto racional escoge juzgándolas por sus efectos, o discriminando aquellas que le rinden menores utilidades. Sin embargo, las familias que ellos estudian, dados los bajísimos ingresos, se desenvuelven en un medio no muy rico en alternativas, por lo que argumentan que en esta situación, el supuesto implícito de la teoría de decisiones, pierde su lógica, por la simple razón de que no hay alternativas. No obstante estas reflexiones no los llevan a abandonarla del todo, pues afirman que el empleo que ellos hacen del término es más bien informal.

González de la Rocha *et al.* (1990) identifican un conflicto teórico entre el enfoque que hace hincapié en el carácter colectivo de la unidad doméstica; racionalidad colectiva (Moser 1981, Bilac 1978, Jelin 1977, Long y Richardson 1978, cit. en González de la Rocha 1990) y otro que proviene de la demografía, y que enfatiza la racionalidad individual del grupo doméstico (Elder, 1985, Vinovskis, 1977, Hareven 1978, Watkins 1980, Ojeda de la Peña 1986). Poniendo como centro de atención las bases sociales de la asociación doméstica, los autores sostienen que el individualismo utilitarista, como denominan al segundo enfoque, posee cierta utilidad para explorar situaciones de conflicto en momentos determinados; como por ejemplo entre el ciclo doméstico y las posiciones individuales. No obstante, advierten que llevado a los extremos podría caer en contradicciones y negar su utilidad. Para ilustrar este riesgo dibujan una situación imaginaria: "si se propone que todos los miembros de la unidad doméstica obtienen más de lo que dan, es decir, si su cálculo de utilidades es siempre positivo, se tiene que concluir que la unidad doméstica como colectividad *crea* algo, ya que el total de su producción es mayor que el de sus insumos

individuales []... si, por otra parte, se acepta que no todos los miembros reciben más de lo que aportan, es decir, que algunos *pierden* algo por formar parte de una asociación doméstica, se tiene que aceptar por consecuencia que el cálculo utilitarista no vale para todos los miembros" (González de la Rocha et al 1984; 354).

González de la Rocha (1986) ha sostenido que la unidad doméstica no es una unidad pasiva que responde simplemente adaptándose a los cambios externos, sino que los enfrenta generando una fuerza interna que es el ciclo doméstico. De este ciclo dependen no sólo las transformaciones en su interior (su estructura), sino, en última estancia, la generación de determinadas estrategias de sobrevivencia desplegadas para conseguir el bienestar de la familia y atenuar la pobreza de la unidad doméstica.

González de la Rocha identifica que la participación en el mercado de trabajo de las mujeres jefe, se da sobre todo cuando la familia se encuentra en la etapa de expansión. Aquí, según ella, hay una necesidad lógica de incrementar los ingresos pues son pocos los miembros que pueden prestar su fuerza de trabajo. Esto, claro, no las lleva a descuidar las labores domésticas. Pero la situación cambia cuando los hijos pequeños crecen y la unidad entra en la etapa de consolidación. En este momento la mujer disminuye su participación en el mercado de trabajo, pues el peso económico recae en los hijos e hijas. La identificación empírica de estos arreglos internos la lleva a concluir que no es aceptable la idea de que la mujer, al verse liberada de la carga doméstica, por la participación de los hijos, participa más en el mercado de trabajo.

Creemos que es útil recuperar las propuestas del trabajo de González de la Rocha porque es ilustrativo del enfoque que ve el grupo doméstico como una unidad que racionaliza el uso de sus recursos inmediatos: fuerza de trabajo, tiempo y consumo, y al decidir colectivamente qué miembros salen al mercado de trabajo, establece una relación de interdependencia con éste último. La unidad doméstica se convierte entonces en un lugar de intermediación entre el individuo y la sociedad.

Cecilia Sheridan (1991) no ha aceptado esta idea de que la unidad doméstica sea el lugar de intermediación entre el individuo y la sociedad. Ella sugiere que no podemos olvidar que el espacio doméstico, en este contexto, es sobre todo un espacio donde se reproducen las prácticas de clase, donde se configuran una concepción del mundo estrechamente ligada a las condiciones materiales de existencia. Donde se recrean los

patrones de autoridad y de poder propios de la división social del trabajo, y en el que se recrean los conflictos que desata una dependencia económica evidente.

Sheridan no puede aceptar esta racionalización, porque bajo este enfoque la unidad doméstica se aísla del contexto, deja de ser un espacio más de interacción para convertirse en un algo ideal y armónico, alejado de las fuerzas externas por sus cualidades intrínsecas. Para ella, la única estrategia común a las unidades domésticas es la actividad generada por las mujeres, y ésta no se presenta como una estrategia colectiva, no se genera de manera grupal, es individual. Su despliegue debe entenderse a partir de la apertura de un campo de opciones determinado por la división del trabajo al interior de la unidad doméstica.

Nosotros consideramos que el empleo mismo de estrategia obliga a reparar en estas cuestiones, pues sugiere, al menos en su dimensión económica, la existencia de un pensamiento racional que, al entrar en estos contextos particulares, se incrusta en las estructuras de sentimientos prevalecientes. Tenemos, pues, que considerar la forma en que los valores familiares (la ideología de la familia) aunados al desempeño económico de los miembros de las familias aparecen configurando nuevas identidades en el marco de complejas relaciones de poder, muchas nuevas relaciones de poder. Es decir, no podemos aceptar que la sola necesidad aparezca como mecanismo unificador de los intereses de las clases de las familias trabajadoras, ya que esto nos llevaría a dejar de lado la compleja diferenciación social que este proceso crea al interior de los mismos grupos, y que nos puede ayudar a entender por qué en algunos sectores las respuestas individualistas son más viables que los movimientos colectivos.

Nosotros diferimos con estos enfoques, pues parece como si las relaciones fueran demasiado mecánicas. Los sujetos, las personas, no parecen cobrar importancia alguna. Lo que existen son trabajadores impersonales, que parecen moverse en el vacío. Nos preguntamos ¿Qué tan dependientes son los integrantes de estas familias de las condiciones externas? ¿Acaso en todos los contextos la división sexual del trabajo se instala de manera tan mecánica? ¿Qué pasa con las identidades de los sujetos?

I.4. Las estrategias de sobrevivencia en el marco del desarrollo capitalista

Un enfoque sociológico que ha incorporado la diversificación de tareas del grupo familiar, y sus efectos en las estructuras laborales así como su relación con el proceso capitalista de producción, ha sido el denominado neomarxista.

Este enfoque enmarca las estrategias de sobrevivencia y su relación con el grupo doméstico en un contexto económico mayor y concede especial atención a los grandes movimientos del capital y a las reestructuraciones económicas que este movimiento conlleva.

Su trabajo se opone a ver estas estrategias no sólo como una muestra idílica de la capacidad de los pobres para reponerse al abandono permanente al que los ha llevado el proceso de desarrollo capitalista, sino también como las productoras de este fenómeno denominado informalidad económica.

Alejandro Portes (1981), Manuel Castells (1984) y Saskia Sassen-Koob (1989) podrían presentarse como los representantes de estas investigaciones que nos han permitido aclarar la relación de este fenómeno con los procesos macroestructurales, y así eludir una visión reduccionista que lo ve como resabio de formas preindustriales o bien como resultado del proceso de industrialización de los países del tercer mundo (De Soto 1987). Portes (1989, 1991, 1995), por ejemplo, sugiere ver la existencia de estas actividades económicas desplegadas por los grupos subalternos como un espacio de conflicto entre los grupos sociales. Su existencia, señala, debe verse como formas de producción que corresponden con la lógica del sistema capitalista, y en donde las estrategias de sobrevivencia de los sectores más deprimidos no constituyen ninguna vía para que éstos salgan de la miseria. Desde su perspectiva, las familias que subsisten recurriendo al trabajo a domicilio, o a la producción de bienes en pequeña escala y de servicios, formarían parte de empresas de subcontratación que se incorporan al sistema capitalista bajo una forma de subsunción del trabajo.

En contra de quienes plantean una relación directa entre las estrategias de supervivencia y el auge de la economía informal, señalando que el incremento de estas actividades económicas ha permitido el surgimiento de una economía paralela que ha escapado al control del estado y que afecta los mecanismos de seguridad social, Sassen-

Koob (1980, 1989), por su parte, ha señalado que la relación de estas actividades económicas marginales con el proceso capitalista no es causal sino contradictoria y dinámica. El mismo proceso capitalista determina en muchos contextos el volumen y la intensidad de estas actividades informales, como sucedió con las fábricas de ropa en New York y Florida en los años setenta en Estados Unidos, y que hasta la fecha se continúa en otras áreas como una estrategia del mismo capital para abaratar los costos de producción y elevar los ingresos.

Desde la perspectiva de Castells (1986), los países industrializados enfrentan una creciente desarticulación económica al interior de sus territorios. Por un lado se puede ver a un sector dinámico, contribuyente y muy involucrado a la economía mundial, y una serie de segmentos desestructurados que estarán obligados a combinar sus roles de talleres de subcontratación - que al proveer bienes y servicios a mercados específicos contribuyen al movimiento del capital internacional -, con su papel de inventores cotidianos de estrategias de sobrevivencia. "La informalidad pues, es percibida como un proceso político-económico fundamental que representa una nueva forma de control por parte de las clases dominantes" (Wilson 1990; 23).

Así, al resaltar la ausencia de regulaciones como una característica de este proceso, este enfoque identifica varias consecuencias, entre las que resaltamos aquellas que afectan directamente al proceso de trabajo: status de la mano de obra, condiciones laborales, debilitamiento de sindicatos, reducción del costo de la mano de obra, utilidad creciente del capital, situaciones laborales heterogéneas (Roldán 1987).

Estas consideraciones sobre las estrategias de sobrevivencia imbricadas en los movimientos del capitalismo nos implica pues a pensar en sus características actuales y, como señala Eric Wolf (1990, 2001) evocando a Marx, en su poder estructural.

Nuestra perspectiva apela a estos argumentos en tanto que contrarrestan los efectos de una visión unilateral que lleva a una clase tecnocrática de empresarios, representantes del nuevo orden económico internacional, a asociar estos mecanismos de subsistencia con el crecimiento de la economía informal y a creer con ello que por más dramáticas que sean las crisis económicas y por más indiferente que sea el estado con el bienestar de sus ciudadanos en algunas regiones del mundo, estas estrategias de subsistencia, en tanto que permiten a un sector mayoritario de la población en América Latina y en el mundo subsistir

en condiciones de pobreza permanente, poseen un carácter dinámico: los pobres saben cómo arreglárselas por sí mismos y no necesitan ni del estado, ni de los beneficios del capital para subsistir; la pobreza siempre tendrá recursos propios.

Así, siguiendo los argumentos de estos autores podemos sostener que estas actividades económicas en las que se involucra un sector muy amplio, sobre todo de las sociedades latinoamericanas o de los llamados "países en vías de desarrollo", no ocurren al margen de los movimientos del proceso capitalista, por lo que su análisis debe conceder una particular atención a estas interrelaciones. Forman parte de la misma estrategia de expansión, se insertan en su tendencia de distintas formas. En el caso de los países industrializados, por ejemplo como en Estados Unidos, el surgimiento de talleres clandestinos y del trabajo industrial domiciliario, en el que participa activamente la mano de obra migrante, sobre todo latinoamericana, está asociado a las nuevas modalidades de producción capitalista que, bajo una forma clandestina, las incorpora para permitirle a una amplia gama de sectores industriales responder con eficacia a la creciente competencia (Sassen-Koob 1980).

Así, vemos consolidarse un sector manufacturero degradado, sostenido con trabajo a destajo y maquila doméstica y que surge no sólo dentro de las industrias con plantas organizadas y trabajos bien remunerados, "sino también en actividades nuevas, asociadas con los sectores más dinámicos de la sociedad" (Sassen-Koob 1989; 60).

Sin embargo, debemos dejar en claro la fronteras de nuestro trabajo con el de éstos autores, pues si bien representan una posición teórica en la que existe un interés explícito por problematizar la noción misma de informalidad, y por lo tanto de analizarla en relación a la economía formal y al marco institucional donde el Estado regula el proceso de estas actividades generadoras de ingresos (Sassen-Koob 1989), consideramos que su postura privilegia un nivel macroestructural, dejando fuera la importancia de los arreglos domésticos y la manera en que los actores responden en planos menos visibles a estas circunstancias. Sin embargo sus aportaciones nos han permitido dibujar un mapa social en el que se aprecia con más claridad la importancia del contexto macroeconómico y su relación con las características de las acciones que la gente lleva a cabo para asegurar su reproducción social.

Así, considerando las advertencias de este enfoque sobre el papel fundamental que desempeñan los procesos macroestructurales en la comprensión de estos mecanismos de sobrevivencia, podemos preguntarnos dónde ver la capacidad del grupo doméstico para aislarse en determinados momentos del contexto en el que ésta se inserta ¿o podemos decir que en estos arreglos domésticos se evidencia una nueva capacidad del grupo doméstico para resistir los efectos del capitalismo? o es que todas las elucubraciones apuntan a ver en estas estrategias una mera capacidad de adaptación. Es decir ¿podemos pensar que las familias, y sus integrantes, están decidiendo en algún sentido el curso de sus vidas? o sólo están respondiendo de manera adaptativa a la reorganización del proceso capitalista. ¿qué tipo de conciencia debemos esperar de este nuevo trabajador que reproduce su fuerza de trabajo en un contexto de crisis permanente, precariedad laboral e inseguridad económica.

1.5. Familia y estructura

La noción de estrategia fue empleada en las ciencias sociales a través de la teoría de juegos, y su aplicación al análisis de las estrategias de sobrevivencia, para algunos investigadores, resulta inadecuada. Nosotros la retomamos en este trabajo porque, al poner en el centro de la cuestión al individuo como actor social⁴, nos permite entender la capacidad de los actores para responder frente a estas circunstancias. El escenario en el que lo vemos desplegando esta capacidad lo constituye el espacio doméstico que aparece como escenario estructurado, por su histórica relación con las estructuras más amplias, y como estructurante pues en el que confluyen un conjunto de prácticas y se negocian un conjunto de significados, pero también en él se reproducen un conjunto de relaciones asimétricas y se generan significados de poder con lo que se recrean frágiles solidaridades.

La noción de estrategia, con su referencia al actor social, y despojada de su connotación abstracta, hace inteligible el escenario de las estrategias de reproducción social al mostrar a la unidad doméstica no como una unidad aislada, autocontenida, sino como un

⁴ Las posiciones en ciencias sociales respecto a este tema han sido diversas. Al enmarcarse en el debate sobre la relación entre agencia y estructura, su significado adquiere distintas dimensiones. Para Touraine, los agentes son colectividades, y entre ellas pueden definirse a las clases sociales. Entre el agente de Bourdieu, y el de Giddens, se pueden encontrar diferencias importantes. Lo mismo en su noción de estructura. (Ritzer and Gindoff 1994)

espacio de "conflicto cooperativo" y en constante interacción con el contexto del que forma parte (Goldani 2001).

Ya hemos mencionado que desde la perspectiva del pensamiento liberal, la noción de estrategia implica una lógica racional, que deriva en un impulso económico individualista. Esto vuelve complicado el panorama al momento de entender las condiciones en que se generan las estrategias de sobrevivencia. Nosotros creemos que esta tensión está en parte contenida en una relación histórica con la noción de lo doméstico, de la familia, de lo cultural.

Por una parte, la estrategia forma parte de un discurso de la sociedad moderna, y alude al desarrollo de un proceso de racionalización, no sólo del comportamiento económico sino, en un sentido más general, de la vida misma, y que alcanza su maduración con la industrialización. Aparece oponiéndose al concepto de tradición, entendida ésta como fuente de valores especiales que es preciso conservar. La expresión de la tradición, desde una perspectiva histórica, sería la familia y asociada a ella estaría el parentesco. La familia y el parentesco ilustran mejor su relación cuando se los ve funcionando en determinados espacios; los rituales, la economía informal, lo privado, lo doméstico. La familia, ligada a lo afectivo, aparece pues como un reducto del parentesco. De ahí, que en un determinado momento histórico de la antropología social, "la invención del primitivo" (Kuper 1999) se encuentre ligada "a la invención del parentesco" (Trautman 1987, cit. en Bestard 1988) como vínculo primario y dominante de las sociedades simples, y que la distancia respecto al "primitivo" pueda medirse en función de la debilitación de los vínculos primarios del parentesco como fundamento del orden social. En este sentido, las ideas de Le Play (1871, cit. en Tuirán 2001) y sus tipologías sobre las estructuras familiares de Europa, ilustran con puntualidad estas paradojas.

Para le Play, la industrialización, con su impulso a la residencia neolocal, estaba socavando la estabilidad familiar, pues hacía que se perdiera el sentimiento de descendencia, que hacía que los individuos se sintieran identificados con una casa, un nombre y un patrimonio. Su modelo de familia troncal, al que atribuía cualidades específicas por poseer los valores perdidos de organización, había sido desintegrado. La regla de igualdad de todos los hermanos ante la herencia del patrimonio, instaurada en el código napoleónico, y el desarrollo de la economía de mercado, donde los hijos podían

acceder de manera individual a un ingreso económico, generó situaciones de egoísmo y competencia. Todo esto afectó la capacidad de las familias para conservar una tradición y las volvió efímeras según él. El antídoto estaba en volver la cara a las familias campesinas, pues su forma extensa contenía los principios de una organización familiar ideal, en la que se conservaban todos los valores y las tradiciones necesarias que volvían el espacio doméstico armónico y seguro para la paz social.

Durkheim consideraba que los valores se desplazaban de la familia hacia la sociedad, y sus nociones de solidaridad orgánica y solidaridad mecánica nos dibujan un poco las consecuencias del desarrollo histórico. Weber, por su parte, integró en sus análisis la reflexión de la racionalidad económica y la vio empujando a los grupos hacia una desintegración gradual. Es decir, pensada así la historia de la familia, en el contexto de los grandes cambios históricos que han producido graduales transformaciones en las sociedades tradicionales, uno encuentra coherente el empleo del concepto de estrategia para referirse al conjunto de prácticas económicas que los subordinados despliegan para subsistir. Sobre todo si consideramos las situaciones familiares y laborales en las que se experimentan estos cambios.

Hablamos, pues, de una clase de trabajadores que, en mayor o en menor grado, se ha visto obligado a incorporarse a esquemas de trabajo asalariados, y expuestos por lo tanto, a una fuerte movilidad geográfica. Pero la cosa es más compleja de lo que la historia de la familia pueda mostrar.

El intento por registrar un proceso de desintegración familiar, y ubicarla en el paso de una situación a otra opuesta, encontró su contrapeso en los trabajos de Laslett (1969, 1983). Sus estudios arrojaron evaluaciones diferentes sobre este proceso de nuclearización, es más, se introdujo la hipótesis no sólo de que desde la Edad Media no podía hablarse de una estructura familiar compleja, sino que en las primeras formas de industrialización en Inglaterra, país que debería haber mostrado estas características antes que otros, la dependencia familiar aumentó. Es más, fue sobre la base de este sistema de organización doméstico que, según Laslett, se generó la primera etapa expansiva de la industria del siglo XVII. Desde entonces se podía observar una incorporación de todos los miembros de la familia al trabajo. La familia se hacía también cargo de una parte de los costos de producción y desde entonces el trabajo de la mujer y los hijos se consideraban una ayuda

suplementaria (Bestard 1998). Aquí también podía establecerse una diferencia entre las familias campesinas, que mandaban a sus hijos a trabajar como sirvientes y las familias dedicadas a la industria, que mantenían a sus hijos en casa y algunas veces podían retener a algún pariente para alivianar el peso del trabajo.

Los trabajos de Laslett y el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure, aportaron tres cosas principalmente a la comprensión de los arreglos familiares (Tuirán 2001), a saber: a) que el estudio de la familia es inseparable del estudio de la estructura social y de sus transformaciones; b) que parte de las dimensiones más importantes de esta estructura social, como son los sistemas de estratificación y diferenciación social, patrones de autoridad, formas de producción y distribución de bienes y servicios, se manifiestan en el propio comportamiento familiar, y c) que las reglas de formación de los hogares, como lo evidenciaban sus investigaciones históricas, varían de país a país y de región a región.

La investigación histórica nos muestra, por un lado, que en los arreglos familiares los sujetos participan activamente en las construcciones de sus realidades domésticas, y por otro, que la estructura social es determinante en la configuración de los arreglos domésticos ¿Cómo superar esta contradicción entre el concepto de estrategia, con su referencia al actor racional, y las restricciones de las estructuras impuestas a los actores a través de su relación con el grupo doméstico?

Boudon (1980) ha sugerido que, en ciertas circunstancias, se puede hablar de un *Homo-oeconomicus*, y reconocer que éste pueda realizar prácticas irracionales que muestran una sumisión a las condiciones estructurales. Para Crozier y Friedberg (1990) el individuo conserva siempre un mínimo de libertad; es un agente autónomo capaz de calcular y de manipular, sin embargo, se encuentra restringido por la organización. El ser humano, dicen Crozier y Friedberg (1990), es incapaz de optimar, pues su libertad y su información son muy limitadas. Lo que sugieren es hablar de un individuo de racionalidad limitada, que decide de manera secuencial y, cuando trata de resolver algún problema, escoge la primera solución que según él corresponde al umbral mínimo de satisfacción. Para los autores la reflexión centrada sólo en el actor será siempre insuficiente, puesto que su comportamiento no puede entenderse ni analizarse fuera del contexto en el que pone en práctica su racionalidad limitada.

Pierre Bourdieu (1984, 1996) ha empleado la noción de estrategia como un instrumento contra el objetivismo, pero también contra la acción sin agente. Para él las estrategias son acciones que están orientadas hacia fines que pueden no ser los que se persiguen subjetivamente. Su proyecto, sugiere, “tiende a reintroducir el agente socializado (y no el sujeto) y las estrategias más o menos “automáticas” del sentido práctico (y no los proyectos o los cálculos de una conciencia)”. Sabemos que el agente de Bourdieu, en tanto que portador de un hábitus, se encuentra en una posición ambigua. De este agente podemos esperar que se habitúe a los ideales de las clases dominantes sin entrar en ningún tipo de contradicciones. El hábitus genera estrategias que pueden estar objetivamente conformes con los intereses objetivos de los actores sin haber sido concebidos expresamente con este fin. Pero también sabemos que, por medio del hábitus, por ser sistemas de disposiciones perdurables y transponibles, estructuras predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes (Bourdieu 1984), los individuos sistematizan sus prácticas y les otorgan coherencia.

Los planteamientos de Giddens (1995) nos proporcionan otra forma de ver esta relación. Desde su perspectiva la relación entre agencia y estructura se puede ver como la expresión de dos imperialismos: el del sujeto y el del objeto. Para superar este dualismo imperialista propone reconceptualizarlo como una dualidad de estructura. Su punto de partida son las prácticas sociales recurrentes, en las que interviene una reflexividad de los agentes. Giddens entiende por actividades sociales recursivas, una recreación de continuo de éstas mismas, es decir, que los actores no las crean, pero por medio de ellas se expresan en tanto actores. Reflexividad, entonces, debe entenderse como el carácter registrado del fluir corriente de una vida social. “Un ser humano es un agente intencional cuyas actividades obedecen a razones y que es capaz, si se le pregunta, de abundar discursivamente sobre esas razones” (1995; 41). Así, los agentes de Giddens controlan sus actividades, tienen sus motivaciones para actuar, que pueden verse como planes generales para la acción. Esto es particularmente importante porque en sus agentes existe la posibilidad de cambiar significados, y así de introducir ciertos cambios en el mundo social (Ritzer 1993).

Introducimos estas referencias porque creemos que constituyen un marco conceptual obligatorio en la apreciación del papel de los actores en estos procesos, y

fundamental en el entendimiento de su capacidad para orientar sus acciones de manera cotidiana. ¿Pero dónde ver, a partir de las prácticas concretas de los actores involucrados en estos procesos de reproducción de la fuerza de trabajo, esta capacidad de agencia?. Aquí es importante aclarar que para nosotros el espacio doméstico no es algo dado, que se comporta como una miniestructura que contiene los movimientos de los individuos y los somete a llevar a cabo acciones completamente ajenas a sus intereses. Por el contrario, consideramos que es en este espacio donde se evidencian las contradicciones de esta incorporación forzada a la fuerza de trabajo capitalista. Es decir, es aquí donde vemos, a través de la participación real de hombres y mujeres en la generación de ingresos, la capacidad de resistir y cuestionar las posiciones subordinadas y los patrones de dominación tradicionales.

Segunda parte.

II. Estructurando el espacio doméstico

Lo doméstico está ligado al hogar, a la familia, y todos son conceptos problemáticos. Moore (1996) ha señalado que familia y hogar son términos difíciles de separar. Bajo el régimen capitalista, en la sociedad inglesa, por ejemplo, la diferencia entre ambas esferas no está muy clara, en cambio, nos recuerda la existencia de los Nayar (Gough 1959) y los Tallensi (Fortes, 1949), en donde son dos entidades completamente diferenciadas (cit. en Moore 1996).

En el terreno de la demografía, el término hogar alude a un conjunto de individuos involucrados en una misma unidad residencial, en la que articulan una economía común. En los censos se utiliza indistintamente hogar-unidad doméstica / hogar-vivienda. El término familia posee también varios usos y acepciones. En su sentido más restringido, dice Tuirán (2001), se refiere al núcleo fundamental, que comprende varios conjuntos: la pareja sin hijos, b) la pareja con hijos, c) la pareja con uno o más hijos solteros, y d) el padre o la madre con uno o más hijos solteros.

Orlandina de Oliveira ha sugerido que la familia puede verse como un microcosmos en el que se “crean y recrean relaciones sociales de producción y reproducción, de autoridad, solidaridad y conflicto, de intercambio y poder” (cit. en Tuirán 2001; 27). Para Selby (1994) la familia es una categoría cultural, es un concepto vivo en la mentalidad de la gente, mientras que la unidad doméstica es una categoría analítica, manejada por los investigadores o los censos. De Teresa (1992), influenciada por el trabajo de Chayanov, ve a la unidad doméstica como el espacio socioeconómico donde se realiza la reproducción de individuos concretos, como el ejiditario-henequenero.

Cecilia Sheridan (1988, 1991), ve en el grupo doméstico una unidad de reproducción de la fuerza de trabajo. Las formas familiares varían según el contexto, y bajo el modo de producción capitalista los arreglos están ligados a una situación de clase. García *et al.* (1988) hablan de un contexto familiar aludiendo a un espacio simbólico en el que se posibilita y limita la acción de los individuos. Esto es, para ella pertenecer a un hogar significa compartir los beneficios o desventajas derivados de las condiciones económicas de los demás miembros, y aprovechar de manera desigual esta infraestructura. Así, habría

que ver quién de los miembros recibe primero el apoyo cuando los padres deciden apoyar la cualificación de la mano de obra. En este sentido, la división de tareas en los hogares se analiza en un marco de situaciones potencialmente conflictivas y que pueden llevar a la escisión de algunos de los miembros en un intento por trabajar de manera individual y aprovechar los ingresos de la misma forma.

Cuando Selby *et al.* (1994) realizaron su trabajo en México con las familias pobres urbanas de varias ciudades, notaron que los comportamientos observados se proyectaban contra un telón de fondo, que constituía un modelo de familia ideal. En este modelo, la organización depende del padre, cuya autoridad se finca en su responsabilidad laboral, que respalda un empleo permanente y un control de las diversiones: no bebe demasiado. La madre es abnegada, sufrida y altruista, y recibe los aportes económicos del padre para administrarlos con responsabilidad. Los hijos, al constatar la nobleza de los padres, responden cooperando y ayudando en la casa. Si es imperativo que salgan a trabajar, éstos lo hacen con el único fin de entregar el dinero a los padres, quienes les devuelven sólo lo necesario para satisfacer necesidades complementarias y nada costosas. En este cuadro reina la armonía y el respeto en medio de la pobreza, puesto que los hijos respetan los intereses de los padres por encima de los propios, y los padres los de los hijos, expresándolo en las licencias para el estudio y la diversión.

Este modelo choca de frente con la realidad de las familias pobres urbanas, pues si algo caracteriza a los hombres de este sector es la exclusión de empleos formales, sin que muchas veces exista en algún momento la esperanza de corregir estas anomalías económicas. Según Selby la ideología familiar, promovida por el Estado e incorporada por los individuos de manera contradictoria a sus relaciones sociales cotidianas fuerza una correspondencia de intereses opuestos entre los miembros. En cierta forma la hegemonía del sistema político se halla recreada en las estructuras familiares, de manera que el modelo ideológico dominante tradicional de la familia-hogar queda expresado y legitimado en la violencia que se dirige contra los niños y las mujeres. No podemos creer que los intereses de todos los miembros de la familia sean idénticos. Esto produce paradójicos desencuentros entre los proyectos individuales y los proyectos institucionales en ese espacio de conflicto cooperativo.

Uno de los aportes principales de Laslett (1969, 1983) y su grupo es haber contribuido a desmembrar la imagen de la familia conyugal a la que se asociaba el mito de lo armónico, de lo tradicional, el refugio frente al mundo frío e impersonal, frente a lo público. Donzelot (1979) ha disuelto también este mito señalando las contradicciones intrínsecas a la vida familiar, y que se originarían en torno a dos condiciones básicas: i) una desigualdad entre sus miembros que obedece a las líneas de género, edad y parentesco, y ii) el conflicto y la lucha derivados de la dinámica emocional de las relaciones. Asimismo, recordándonos que la familia es una de las pocas instancias que está en el centro de la controversia pública y que es blanco privilegiado del Estado y de sus agentes (Tuirán 2001).

Para nosotros, elaborar un modelo distintivo de familia no es tan importante como advertir en ella la existencia de un conjunto de relaciones sociales articuladas por experiencias comunes, por valores compartidos, pero no petrificados, que se reproducen en un marco simbólico existente que deja lugar tanto para la cooperación como para el conflicto. Coincidimos con Bestard cuando señala que la familia puede considerarse como “unidad primaria de identidad que proporciona el esquema conceptual básico de las diferentes concepciones colectivas que normalmente situamos en los niveles públicos de la sociedad... [así] en lugar de entender por parentesco un mecanismo de organización en el que la familia figura como uno de sus elementos, podemos comprenderlo como una relación basada en los principios de pertenencia, de diferencia y de asimetría” (1998; 35). Estos tres principios permiten la traducción de los símbolos del dominio del parentesco a los símbolos generales de la cultura y hacen posible que relaciones abstractas en el nivel de la sociedad en general puedan asociarse a fragmentos de la experiencia personal. La relación de pertenencia, expresada por la filiación, proporciona los modelos para un discurso general en torno a la identidad colectiva. La relación de diferencia, expresada por la distinción entre masculino y femenino, proporciona los modelos para la identificación diferencial de los géneros. Finalmente, la relación de asimetría, expresada en el parentesco por la distinción entre mayor y menor, proporciona los modelos para un discurso en torno al orden social y la autoridad moral.

II.1. Dominación y resistencia

Como hemos visto, las estrategias de sobrevivencia forman parte de un amplio proceso económico y político. Lejos de percibir las como mecanismos eficientes contra la exclusión y la pobreza, en ellas advertimos un conjunto de relaciones sociales que se articulan en torno a la reproducción de la fuerza de trabajo, pero también un conjunto de transformaciones en el interior del espacio en el que se reproducen los grupos domésticos.

La discusión sobre la racionalidad colectiva y su relación con el significado de estrategia, el peso de los factores externos e internos en los arreglos domésticos, así como el significado variable de hogar, familia y grupo doméstico, como un espacio simbólico no sólo en el que se sostiene la diversificación de tareas, sino en el que se procesan y convergen las principales experiencias de los individuos, nos han proporcionado algunos de los elementos en los que se sostiene parte de nuestras hipótesis: que las estrategias de sobrevivencia constituyen un proceso de incorporación a la reproducción de la fuerza de trabajo capitalista, y cuyas contradicciones están ligadas a la relación histórica entre capital y trabajo, y que este proceso involucra directamente a las unidades domésticas, que organizan la mano de obra familiar disponible incorporando el principio de organización sexual del trabajo sobre la base de categorías de género y edad. No obstante, otra de nuestras hipótesis, y que sólo hemos abordado parcialmente, señala que esta incorporación constituye un proceso complejo y contradictorio, pues al implicar a hombres y mujeres en la generación de ingresos, permite que se cuestionen los patrones de dominación y de poder tradicionales sostenidos en la figura del proveedor (Safa 1995).

En el siguiente apartado trataremos de abundar sobre este aspecto, y aclarar por qué para nosotros la resistencia en este contexto puede comenzar a explorarse en el espacio doméstico. En este panorama de las estrategias de sobrevivencia, lo que se ha dibujado es un complejo proceso de reproducción social, donde las asimetrías se reproducen no sólo en un contexto exterior sino también al interior de los espacios domésticos ¿Pero por qué consideramos que la capacidad de resistencia de los actores puede comenzar a explorarse en este espacio y no en contextos más amplios?

Una respuesta parcial la encontramos en el carácter individual de estas estrategias y en la configuración de identidades en este proceso. Es decir, debemos considerar que este nuevo trabajador, con una identidad laboral configurada por el capitalismo del último siglo,

no ha resultado ser un fenómeno de transición que puede ser analizado bajo las categorías marxistas tradicionales centradas en la noción de conciencia de clase proletaria, sino que ha resultado ser un actor que aun con todas las transformaciones a su forma de vida, no ha derivado en formas clásicas de existencia proletaria.

Por otro lado debemos atender las características sociales y económicas propiamente capitalistas de los contextos en los que se reproducen estas estrategias de sobrevivencia y las características culturales de los grupos que las adoptan. Así, desde el momento en que no todas las familias cuentan con el mismo capital disponible para poner en marcha estas estrategias, lo que podemos apreciar es un complejo proceso de diferenciación social en el que se debe replantear la capacidad de los intercambios recíprocos para superar estas contradicciones y generar valores comunes a la experiencia de subordinación. Ahora, ¿Cómo entender entonces la relación entre clase y cultura en este contexto donde los sujetos no cuentan con un salario estable, y dónde además se organiza la mano de obra disponible conforme a las categorías de edad y género? ¿qué tipo de solidaridad puede darse entre estas familias que tiene que luchar para subsistir?

Pero esto no nos lleva a negar la existencia de movimientos contrahegemónicos, pues es constatable la existencia de movimientos sociales en los que algunos grupos de la población participan en el cuestionamiento de los proyectos neoliberales por ejemplo. Lo que nosotros nos proponemos entender aquí es por qué una gran parte de la población no participa directamente en estos movimientos, y en qué sentido estas estrategias de sobrevivencia al configurar en estos procesos de reproducción de la fuerza de trabajo una identidad particular intervienen en esta determinación.

Sabemos que la cultura no es una entidad discreta, aislada de los demás fenómenos culturales que pueda analizarse en sí misma. Las críticas que se vertieron sobre el enfoque de Geertz (1991) reclamaron que no tomara en cuenta los fenómenos de poder y de conflicto que sirven de contexto a la cultura. Ciertamente, con estas objeciones los hechos culturales no dejaron de ser constructos simbólicos, sólo se enfatizó que también pueden ser manifestaciones de las relaciones de poder y más aún, que la cultura frecuentemente puede funcionar como la máscara de la dominación (Giménez 1994).

En su trabajo sobre las mujeres en la diáspora, Clifford (1999) describe una situación particular de las mujeres asiáticas que migraron a Inglaterra, y que contemplaron

la forma en la que las relaciones de dominación y desigualdad propias del racismo, y comunes a la experiencia diaspórica de los subalternos, se articularon con las de su propia cultura a través de los esquemas patriarcales de organización: "Las mujeres jóvenes [...] comienzan a cuestionar aspectos de la cultura asiática, pero no existe una red suficientemente desarrollada que ofrezca grupos de apoyo [...] que les permita actuar sin el respaldo de la comunidad y la familia. Se trata de una contradicción en la cual se ven atrapadas muchas mujeres... Entre los aspectos de apoyo y de opresión que contiene la comunidad asiática [podemos ver que] la opresión patriarcal fue una realidad en nuestras vidas antes de que viniéramos a la Gran Bretaña, y el hecho de que la familia y la comunidad actuaran como ámbitos de resistencia a la opresión racista postergó y distorsionó nuestra unión como mujeres dispuestas a combatir esta opresión patriarcal" (Gupta, cit. en Clifford 1999; 318). Un panorama muy semejante puede pensarse para las mujeres mexicanas, centroamericanas y caribeñas en Estados Unidos atrapadas entre las inseguridades materiales y espirituales del exilio y las demandas de la familia, el trabajo y los reclamos de los nuevos y viejos patriarcados (Glick Schiller 1992). La cultura, en este sentido, aparece estrechamente ligada a la identidad, cristalizada en los actos, verbalizada en los discursos, incorporada a los gestos y expresada en los actos (Giménez 1994).

Clifford proporciona un ejemplo de la relación compleja que se da entre clase y cultura en un contexto específico, sin embargo sabemos que esta relación no se reduce a eso. En este ejemplo las esferas de interacción pueden delimitarse con facilidad pues tenemos dos lógicas culturales, por decirlo así, confrontadas en un mismo espacio y enmarcadas por circunstancias especiales. En el fondo vemos el llamado a seguir poniendo la atención en la diversidad cultural sobre las relaciones de dominación.

Kearney (1999) ha señalado que los grupos que construyen una identidad específica sobre la base de la cultura para forjar solidaridades internas - creando con esto una frontera cultural que puede servir para clasificarlo-, pueden acabar por construir activamente identidades que resultan ser los puntos diacríticos para la formación y la perpetuación de las diferencias de clase. El marco de reflexión en el que se mueve Kearney (1989, 1994) está constituido por los estudios transnacionales, de ahí que privilegie, en sus análisis, lo que él denomina los desplazamientos significativos, o los efectos que se producen en las

identidades laborales cuando las personas se desplazan cruzando fronteras por motivos distintos a los del viaje.

Sus propuestas de análisis de la identidad del sujeto expuesto a múltiples clasificaciones, y que deriva en una identidad fragmentada con posicionamientos de clase muy complejos, nos han ayudado a revalorar las características de los contextos en los que pretendemos llevar a cabo nuestro estudio. Así también sus observaciones de que los proyectos de estos sujetos no pueden ser definidos en términos marxistas porque no aspiran la búsqueda de un futuro radicalmente, sino que más bien, sólo han desarrollado la capacidad para sobrevivir y adaptarse en diferentes escenarios severamente degradados, nos han permitido replantearnos la forma de abordar el estudio de la resistencia.

Según Topalov “las prácticas (urbanas) de clase no toman necesariamente la forma de acción colectiva, pues las respuestas populares a las situaciones dadas son, en principio, cotidianas y silenciosas” (1992;198). ¿Dónde ver la capacidad de resistencia de un sector que ha sido atomizado a las unidades domésticas? ¿Sería correcto decir que la cultura, en determinados circunstancias, contribuye en la reproducción de las relaciones asimétricas conteniendo y limitando la capacidad de respuesta de los sujetos? ¿O debemos aceptar que estas limitaciones están dadas por elementos externos, propiamente materiales? ¿Qué tan subversivas pueden ser las identidades configuradas en estos procesos? ¿Qué tipos de resistencia encontramos en estas relaciones?.

II. 2. ¿Las estrategias de sobrevivencia como movimientos sociales?

En la investigación que González de la Rocha (1986) llevó cabo con las familias trabajadoras de Guadalajara, encontró que no podía hablarse de un mercado segmentado (primario o secundario, formal e informal) que permitiera diferenciar a las familias por su ocupación laboral. Si bien los miembros de las familias podían incorporarse a sectores bien definidos en el mercado, esto se hacía de manera individual y no familiar, por lo que no podía hablarse de un salario familiar. Es decir, lo que se podía constatar es que al interior de la familia lo que existía era una heterogeneidad ocupacional, pero los ingresos provenientes de estas diversas ocupaciones, al destinarse al bienestar colectivo, se convertían en su interior en ingresos indiferenciados. La movilidad ocupacional de los

integrantes era constatable, no así la diferenciación de la clase trabajadora. La clase obrera, según González de la Rocha, es homogénea por la función homogeneizante de la unidad doméstica, por el trabajo de esta "olla mezcladora" en la conformación de una realidad única para todos sus miembros. La única diferenciación clara que podía observarse es la que se basa en las líneas de género y que divide las ocupaciones ofreciendo distintos tipos de empleos según la categoría a la que se pertenezca. Por lo demás, todas las familias, impulsadas por la sobrevivencia, logran configurar estrategias comunes y por lo tanto ingresos y niveles de bienestar semejantes, y el único elemento que puede desestabilizar o recuperar este equilibrio es el ciclo doméstico.

Las conclusiones de González de la Rocha solicitan nuestra atención no tanto por lo que muestran, sino por lo que insinúan. Si aceptamos con ella que sólo existe un tipo de familia trabajadora que crea estrategias comunes, y que el mercado no ha logrado segmentar, podemos aceptar que se puede desarrollar entre este sector trabajador un conjunto de intereses comunes y cierto grado de identificación de clase. Con este proceso se estaría rebasando el ámbito de lo individual y creando la posibilidad de que se generara un comportamiento colectivo. La pregunta concreta aquí es si podemos entender a la cultura como un sistema de símbolos compartidos recreados cotidianamente en estas estrategias de sobrevivencia sobre el que se pudiera generar una experiencia colectiva de dominación.

Según Ramírez Sáiz (1990), si atendemos a sus manifestaciones más comunes, podríamos ubicar a las estrategias de sobrevivencia entre las conductas colectivas, según el concepto de Touraine (1986), o de acuerdo con Melucci (1985), en las acciones conflictivas reivindicativas. Pero, según Touraine, estas estrategias no dan lugar a luchas porque no constituyen, mecanismos de modificación de decisiones o de sistemas de decisión, esto es, como factores de cambio, como fuerzas políticas en la más amplia acepción del término. Y según Melucci, "éstas no pueden alcanzar el grado reivindicativo porque no se sitúan al nivel de la organización social [ni] luchan contra el poder que garantiza las normas y los roles; [ya que] un movimiento de este tipo tiende a una redistribución de los recursos y a una reestructuración de los roles, pero la lucha ataca las reglas mismas de la organización saliendo de los procedimientos institucionalizados" (Ramírez 1990; 470).

El trabajo de Sheridan (1991), ha puesto en evidencia la forma en que las estrategias de sobrevivencia también generan una diferenciación social tanto al interior de los grupos domésticos como entre las mismas familias. En su trabajo con las doscientas treinta familias que dependen del trabajo industrial en la Delegación Azcapotzalco, D.F, encuentra que su homogeneidad como clase era sólo aparente, pues entre ellas la diferenciación estaba determinada por las diferencias salariales, que llegaban a tomar forma cuando indagó los niveles de cualificación entre obreros, el tamaño de las empresas que los empleaban, la antigüedad en el trabajo; diferencias que podían trasladarse a la especificidad de las familias. De ahí su propuesta de que la unidad doméstica constituye un espacio más de las prácticas sociales, y de que en el espacio doméstico se reproduce la fuerza de trabajo bajo esquemas diferenciadores que toman como base la división social del trabajo. Sobre esta división se crea una estructura de opciones que limita o posibilita la acción de los individuos.

Es importante resaltar que, en el trabajo de Sheridan, esta división no forma parte de un plan, no es el resultado de una estrategia consciente del grupo para resolver sus problemas económicos. Es más bien el reflejo de las estructuras sociales más amplias en las que se mueven las familias. Los ritmos del movimiento familiar estarían, pues, condicionados, tanto por esta estructura de opciones en la que los individuos pueden encontrar ciertas posibilidades para desarrollar sus capacidades laborales, como por las estructuras más amplias.

Reducir el problema de la heterogeneidad y la homogeneidad de los procesos de reproducción al interior de la unidad doméstica a la lucha por la vida, como lo hace González de la Rocha, nos puede hacer perder de vista las desigualdades y asimetrías que genera el propio control y despliegue de la mano de obra al interior de la unidad doméstica. Parece pues que debemos pensar con más detenimiento en el nivel en el que se pueden observar la reproducción de las relaciones asimétricas y la forma en que se vinculan con las estructuras más amplias.

García y Oliveira (1994), en su estudio con hogares y trabajadores de la ciudad de México, encuentran también una diferenciación creciente al interior de las familias. En algunos casos, encuentran que los miembros al interior de una misma familia no compartían la situación de clase de los jefes del hogar. Así, encuentra diferencias

importantes entre las familias de hogares dirigidos por asalariados no manuales, hogares dirigidos por asalariados manuales y los hogares dirigidos por trabajadores por cuenta propia. Este último encierra una heterogeneidad singular, sobre todo cuando la mano de obra de los hogares es exclusivamente masculina.

Sus resultados la llevan a sostener que existe una diferencia considerable en el nivel de vida entre los hogares al interior de un mismo sector asalariado (no manuales y manuales, manuales por cuenta propia y no manuales por cuenta propia). Así, la coexistencia al interior de los hogares de individuos involucrados en diferentes relaciones sociales de producción social se traduce en un acceso diferencial a los recursos generados al interior de las familias. Esto crea un aprovechamiento desigual de los recursos y un conjunto de relaciones asimétricas que posibilitan la movilidad de algunos y aumentan el estancamiento de otros.

II.3. Las lecturas de la resistencia

Pero ¿cuál es la importancia de llamar la atención sobre esta diferenciación social al interior de los sectores trabajadores?. James Scott (1976, 1985, 2000) ha desarrollado una línea de investigación sobre las relaciones de poder en las que resalta la participación de los grupos subordinados y las formas de resistencia que éstos generan como parte de una lucha constante contra las desigualdades generadas por el capitalismo. Su objetivo general ha consistido en mostrar cómo se puede mejorar la lectura, comprensión e interpretación de la conducta política de los grupos subordinados.

Su planteamiento parte de la premisa que las formas de dominación tienen similitudes estructurales y se caracterizan, en un nivel formal, porque en ellas los grupos subordinados están expuestos no sólo a la carencia de derechos políticos sino también porque la mayoría de sus relaciones con los grupos dominantes ocultan elementos de terror personal, y que en determinados momentos puede tomar la forma de golpizas arbitrarias, humillaciones públicas, brutalidad sexual o represiones laborales según el contexto en el que se desenvuelven.

Scott (2000) cuestiona el concepto de hegemonía ideológica puesto que considera que los grupos subordinados difícilmente dejan de criticar el sistema que los domina.

Existen acciones y lenguajes de resistencia en los que se puede apreciar una vida bastante variada y desde donde los individuos desarrollan un crítica común de la dominación. Es decir, si bien puede demostrarse que las estructuras de dominación operan de manera similar, a su vez puede comprobarse cómo éstas hacen surgir reacciones y estrategias de resistencia significativas para los mismos actores. Entre las acciones significativas Scott encuentra lo que él denomina las formas cotidianas de resistencia e incluyen el trabajo intencionadamente lento, ignorancia fingida, evasión de impuestos, incendios provocados, instalación clandestina en predios desocupados o bosques estatales, deserción militar, hurto de las reservas de granos, sabotajes.

Ahora, cómo entender la permanencia de las estructuras de dominación, y en consecuencia su aparente aceptación subordinada. Scott (1985) sugiere que parte de las pruebas que confirman la capacidad de los grupos subordinados para criticar al poder está en su sensibilidad para advertir el poder represivo de las modernas clases agrarias. Pero existen, como alternativas al desafío abierto, para los trabajadores que operan en desventajas estructurales, formas de lucha diaria que se presentan como la opción más viable, además de que estas técnicas de resistencia no requieren ninguna coordinación. En este punto, Scott (2000) hace explícito su rechazo a la teoría de la falsa conciencia, pues afirma que las gentes de las clases inferiores no interiorizan una ideología dominante impuesta desde arriba, por el contrario, comprenden perfectamente cómo funciona la explotación sin que para ello requieran de la intervención de líderes políticos ajenos a su clase; este tipo de resistencia no está unida a movimientos políticos, ideologías o cuadros revolucionarios exteriores más amplios, sin embargo podrían beneficiarse de éstos.

Scott (1985) resalta que una de las cosas más significativas en las sociedades campesinas es la forma en que un conjunto de actividades complejas que van desde el intercambio de trabajo, cambio de casas, los preparativos de una boda, los boicots, las “negociaciones” salariales, o la conspiración en silencio en torno a los pequeños robos, están coordinadas por unas redes de comprensión y prácticas, en las que se prescinde de organizaciones formales.

Para Scott (1985), estas técnicas de resistencia cotidiana están estrechamente ligadas a las necesidades materiales básicas de las familias, y todas las acciones individuales llevan consigo la protección de la subsistencia. En este sentido, Scott (1976) pone en el centro de

su planteamiento los asuntos relacionados con ganarse el pan como la esencia de la política y la resistencia de las clases subordinadas, y sugiere que, de haber una intención inscrita en los propios actos, ésta se vincula más con la sobrevivencia que con la transformación de los sistemas dominantes.

Gledhill (2000) ha señalado que tomar al pie de la letra la teoría de la resistencia de Scott puede llevarnos a despreciar formas de organización popular abiertas, y a desdeñar intentos de unir a distintos segmentos de las clases subalternas en organizaciones políticas más amplias. En este sentido también se corre el riesgo de postular unas relaciones completamente mecánicas entre la situación de clase social y las formas de conciencia, argumentando que la política de las clases inferiores se ocupa, sobre todo, del pan con mantequilla. En el fondo lo que este autor le reprocha a Scott es el haber hecho una mala lectura del concepto de hegemonía.

Para Roseberry (2002) la resistencia de Scott a aceptar el uso de la noción de hegemonía como consenso no agota su significado. La relación entre los grupos subalternos y los grupos dominantes, señala, se puede entender mejor si consideramos, tal como lo hizo Gramsci, a las clases dirigentes y subalternas como plurales, diversas; si tenemos en cuenta la formación objetiva de estas últimas, su diferenciación espacial, su relación con otros grupos e instituciones dominantes, y si consideramos esta relación entre clases como caracterizada por la lucha, la disputa y la discusión.

Roseberry sugiere usar este concepto para entender no la situaciones de consenso sino de lucha: “las maneras en que el propio proceso de dominación moldea las palabras, las imágenes, los símbolos, las formas, las organizaciones, las instituciones y los movimientos utilizados por las poblaciones subalternas para hablar de la dominación, confrontarla, entenderla, acomodarse o resistir a ella. Lo que la hegemonía construye no es, entonces, una ideología compartida, sino un marco común material y significativo para vivir a través de los órdenes sociales caracterizados por la dominación, hablar de ellos y actuar sobre ellos” (2002; 220).

Las propuestas de Roseberry (1991, 2002) nos permiten visualizar un panorama más completo de la manera como se estructuran los campos en los que negocian las clases, donde los sectores populares y su cultura no aparecen como algo autónomo sino en construcción permanente. Esto nos permite superar esos esquemas rígidos que colocan a los

grupos sociales en dominantes y dominados y condenan a los segundos a aparecer como meros agentes pasivos. Es importante advertir la creación de estos campos de fuerza en los que, al mismo tiempo que son moldeados los grupos subalternos, tiene lugar la controversia y la lucha.

El trabajo de Roseberry nos exhorta a encontrar estos campos de fuerza para ver en ellos la forma en que se moldean mutuamente los grupos dominantes y los dominados. Así, “podemos comprender esa relación de manera muy obvia en aquellos puntos en los que el marco discursivo común se rompe; allí, por ejemplo, donde las celebraciones nacionales son vistas con indiferencia y las fechas o lugares significativos a nivel local (el aniversario de un héroe local, el lugar de entierro o de una batalla, los límites de una antigua concesión de tierras) son señalados o venerados; allí donde, en otras palabras, el lenguaje y los preceptos del liberalismo adquieren acentos regionales”(;226) No obstante, nos advierte que estos procesos hegemónicos pueden volverse muy complejos en la medida en que tomamos en cuenta que las regiones particulares en los que suceden están caracterizadas por diversos patrones de desigualdad y dominación, es decir que podemos encontrarnos con la política de los propios subalternos.

El estudio de Cecilia Blondet (1990) sobre la migración de un grupo de mujeres a Lima, Perú, nos permite apreciar la importancia de considerar las condiciones en las que se insertan las estrategias de sobrevivencia para poder entender la capacidad de resistencia de estos sectores subalternos. Blondet nos describe una situación en la que un grupo de mujeres encuentra en la ocupación de tierras la oportunidad de establecer una vida familiar. En esta apropiación vemos cómo un conjunto de estrategias puramente individuales, se convierte en un movimiento colectivo al verse frente a la necesidad de luchar por la obtención de servicios comunitarios. Este movimiento, sin embargo, no sólo las llevó a unirse y formar redes de ayuda, sino también a comenzar a cuestionar el papel de los hombres como “cabezas” de familia. Su organización les permitió asegurar la posesión de la tierra, y obligar a las autoridades a que realizaran obras públicas. En su barrio se construyeron calzadas, se instalaron tuberías, y gradualmente se fue sustituyendo el material de sus improvisadas viviendas por otro más duradero. Poco a poco algunas mujeres se fueron incorporando al mercado de trabajo, ya sea como empleadas domésticas o como vendedoras ambulantes de comida. En esta etapa ingresaron al barrio la Iglesia y

algunos partidos políticos que orientaron la organización de los “clubes de madres” con el objetivo de que éstas obtuvieran apoyo para los partidos políticos.

Como las organizaciones que se formaron habían comenzado a perder importancia, los nuevos clubes crearon una diferenciación social al volverse más accesibles para las mujeres que no trabajan. Esto a su vez creó otro proceso político, pues entre las mujeres se comenzó a dar una competencia por el liderazgo de los clubes, al mismo tiempo que estos competían por distintos recursos. Sin embargo, con el tiempo, aunque estas formas de participación popular habían decaído, las crisis económicas estimularon su reorganización dotándolas de nuevas funciones: así como podían ayudar a conseguir empleo a las mujeres que por su edad estaban incapacitadas, o distribuían alimentos entre las familias más pobres a cambio de trabajo comunitario, reclutaban trabajadoras a domicilio para las fábricas de pantalones de la capital. Estas nuevas actividades obligaron a sus líderes a detentar cierta habilidad pues los clubes adquirieron la forma de auténticas organizaciones de gestión de servicios. Paradójicamente las funciones representativas permanecieron en manos masculinas que menospreciaban el trabajo de los clubes y otras organizaciones femeninas, al mismo tiempo que las manipulaban.

El trabajo de Blondet nos muestra un hecho paradójico, en el que un grupo de mujeres logra movilizarse y cuestionar las estructuras de dominación más amplias en las que se apoya la desigualdad de género y al mismo tiempo las dificultades que encuentran los grupos subalternos para democratizar sus propias organizaciones.

Esta pluralidad de los grupos subalternos debe ser tomada en cuenta a la hora de considerar su capacidad de resistencia. Como lo señaló Keesing, “It is easy on the one hand to idealize and romanticize acts and stances that have an oppositional element. More closely examined, such stances and acts may themselves hide *other* transcripts –personal motives of selfaggrandizement or political ambition, fantasy or psychological instability, projections of uncunscious conflicts and hostilities (1992; 216-217).

II.4. El ejercicio del poder doméstico

Se ha sugerido que los arreglos domésticos están acotados por una serie de factores externos e internos. Entre los factores externos identificamos aquellos ligados al

reordenamiento del capital internacional, y que afectan directamente el mercado laboral: la flexibilización de la mano de obra como resultado de la fragmentación de la cadena de producción, volviendo inestables los mercados de trabajo y provocando desempleo. Entre los factores internos están, sobre todo, la diversificación de tareas con base en la división sexual del trabajo. Esto no quiere decir que nos olvidemos de los recursos complementarios que se incorporan a los trabajos de reproducción social de las familias en forma de redes de ayuda, de intercambio de servicios interfamiliares y demás, no obstante, creemos que, en la práctica, aun estas redes tienen una dimensión económica y política. Pero las desigualdades surgidas en estas relaciones, si bien están principalmente asociadas a esta división sexual del trabajo, no son las únicas. ¿Podemos decir entonces que las asimetrías surgidas de esta división permanecen intactas una vez que los miembros participan equitativamente en la generación de ingresos? ¿Qué se trastoca en estos arreglos? ¿Cómo interviene la cultura en el mantenimiento de estas asimetrías? Lévi-Strauss ha señalado “que la división sexual del trabajo no es más que un dispositivo para instituir un estado recíproco de dependencia entre los sexos” (1995; 32). Sin embargo, al reconocer que es consecuencia más de consideraciones sociales y culturales que de consideraciones naturales, sugiere que debemos ser en extremo cuidadosos y distinguir entre el hecho de la división sexual del trabajo, que es prácticamente universal, y la manera según la cual las tareas son atribuidas a uno y otro sexo.

En la década de los 70, en el terreno de la antropología, algunos investigadores (Meillassoux 1982, Rey 1975, Sahlins 1983, Taylor 1975) se interesaron por el análisis de relaciones asimétricas características de la división sexual del trabajo en la configuración de los mecanismos de sobrevivencia. Desde una perspectiva marxista, y centrado en la importancia de las relaciones sociales de la reproducción humana o de la esfera doméstica (Moore 1996), uno de los trabajos más significativos en este campo ha sido el de Claude Meillassoux (1982).

Partiendo de la noción de comunidad doméstica, Meillassoux emprende un análisis del sistema económico que él considera la base sobre la que descansan los pilares del capitalismo: el trabajador libre. Así, desde su perspectiva, “en última instancia todos los modos de producción modernos, todas las sociedades de clase, para proveerse de hombres, vale decir de fuerza de trabajo, descansan sobre la comunidad doméstica, y, en el caso del

capitalismo, a la vez sobre ella y sobre su transformación moderna, la familia, la cual está despojada de funciones productivas pero conserva siempre sus funciones reproductivas” (1982; 9).

Existen aspectos importantes en el trabajo de Meillassoux que han contribuido al debate en antropología sobre cuestiones de parentesco y de género y que se relacionan con nuestro trabajo. Uno de ellos es la forma en que presenta la configuración de las relaciones entre los individuos a partir del control de lo que él considera los medios de reproducción: alimento, semillas y mujeres.⁵

La situación que describe como predominante en la comunidad doméstica, y que deriva de lo que se considera su principal preocupación, su propia reproducción, o sea, su continuidad, se caracteriza por representar un conjunto de relaciones de poder ligadas sobre todo al control de estos medios de reproducción: en este caso quienes detentan el control absoluto son los hombres de mayor edad. Así, vemos a los varones controlando a las mujeres, a los más jóvenes y al trabajo de todos.

Meillassoux concluye su trabajo advirtiéndonos de las contradicciones que el capitalismo enfrenta en la utilización de la familia como lugar de reproducción del ingrediente principal del que se alimenta: el trabajador libre. Según él, la familia, institución extraña al capitalismo, pero que éste ha mantenido perfectamente adaptada por ser una institución económica para la movilización gratuita del trabajo, enfrenta, a su vez el descontrol del mismo sistema que la ha mantenido intacta: el capitalismo. Las principales consecuencias de este proceso las debemos ver en la pérdida de infraestructura económica, en la intervención del Estado y sus agentes, en la emancipación de los hijos que, siendo coherentes con las exigencias objetivas del capital, se entregan a las manos de los empleadores. Es así como la capacidad reproductora de la familia está siendo vulnerada por el mismo capital, y esto puede llevarla a su disolución.

La visión de Meillassoux revela una inocultable simpatía por las preocupaciones características de los años setenta, y sus conclusiones dejan ver el riesgo de trabajar con esquemas de interpretación polares. Entre las críticas que el feminismo le ha hecho a su trabajo (Moore 1996) podemos destacar dos: aquella que lo acusa de no prestar atención a

⁵ En este sentido considera -a diferencia de Engels (1975) quien veía a partir del auge de la propiedad privada y el surgimiento de la familia monógoma la “derrota histórica de la mujer”, puesto que no son propietarias de los medios de producción - que es más importante el control de los medios de reproducción que de producción.

las circunstancias de la vida de la mujer que puede cambiar con el paso de los años; y aquella que identifica en su posición una confirmación involuntaria del papel de la mujer destinado a desempeñar una labor reproductora. La primera crítica lo acusa de no desarrollar la diferenciación social entre mujeres, y dejar de lado muchos aspectos importantes, por ejemplo el que algunas mujeres colaboren en la opresión de otras. La segunda crítica señala que la labor de la mujer no se limita únicamente a dar a luz, se extiende a otras actividades tanto domésticas como no domésticas. Además no podemos olvidar el hecho de que la división sexual del trabajo difiere mucho de una sociedad a otra, y el marco en el que se desarrollan estas actividades es muy variable al igual que las unidades domésticas.

A este respecto habría que resaltar el tipo de transformaciones que se están dando como parte de este proceso de construcción de identidades laborales múltiples. El contexto en el que se configuran, así como la posición que ocupan los sujetos en las relaciones sociales de producción y reproducción determina muchas veces el contenido de éstas. Desde nuestra perspectiva, podríamos destacar que una de las consecuencias de este proceso, en el que las barreras entre el espacio doméstico y el espacio laboral si bien no se han diluido si se han vuelto muy porosas, nos permiten sugerir que la cuestión del poder masculino está siendo cuestionada por parte de algunas mujeres. Esto no quiere decir que los mecanismos de dominación simbólica se hayan debilitado al integrarse estos espacios, sino que podemos ver en este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo la creación de espacios de mediación, ligada a la misma diversificación laboral de los sujetos.

Gutmann (1996) ha demostrado en su estudio sobre el Barrio de Santo Domingo cómo la creciente participación de las mujeres en el mercado ha hecho que tanto hombres como mujeres reflexionen sobre la participación de los primeros en el estereotipo del macho. Así, aunque muchas mujeres aparecen reflejando el temor de que a sus maridos se les pueda considerar como mandilones, se muestran cada vez menos tolerantes al maltrato físico y evidencian cierto interés por organizarse de manera colectiva para luchar contra ello.

Aquí resulta de particular importancia la propuesta de Eric Wolf (2001) de concebir el poder en términos correlativos, en vez de imaginarlo como un paquete de poder concentrado. Esta forma nos permite entenderlo como un aspecto de todas las relaciones

entre las personas, y que funciona de manera distinta en las relaciones interpersonales, en los medios institucionales y al nivel de las sociedades. Adams (1983) ha sugerido una propuesta semejante pues para él el poder se ubica en todas las dimensiones de la vida social. Todas las relaciones aparecen así cargadas de poder, y todos los miembros aparecen detentando algún poder.

Nash (1986, 1995), por ejemplo, con base en su trabajo con las alfareras de Amatenango del Valle, ha señalado la forma en que los esquemas de poder y autoridad característicos del patriarcado se desarrollaron e impactaron en la condición de las mujeres como resultado de la relación cada vez más creciente entre las economías domésticas y el capitalismo. Así, y como efecto de esta relación, observa que las respuestas de la gente a las presiones provocadas por la intensificación de la producción artesanal, dejan ver un conjunto de contradicciones ligadas a las relaciones de producción domésticas. Así, el que las mujeres obtengan un ingreso central con la comercialización alfarera, no les permite escapar a las situaciones de abuso y violencia respaldadas por la cultura patriarcal prevaleciente en las comunidades indígenas.

Los trabajos de Nash (1986) nos permiten distinguir la interacción de dos sistemas, capitalismo y patriarcado, en un contexto particular de relaciones de producción doméstica, y apreciar sus efectos en las contradicciones que acompañan a todas las actividades orientadas hacia la lucha por la sobrevivencia. Vemos que en estos procesos de lucha cotidiana por la sobrevivencia la clase aparece atravesada por el género, la edad y la cultura misma, por lo que todo análisis de las respuestas sociales por parte de los grupos subalternos, debe apreciar a un mismo tiempo las dimensiones culturales, políticas y económicas.

Nash nos describe una realidad recurrente en la que las grandes perdedoras son las mujeres. Sin embargo existen varios trabajos que han ilustrado los cambios en el contenido de estas mismas relaciones como producto de la progresiva participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Wilson (1990) describe la negociación de ciertas libertades que se les había negado a sus madres por parte de las mujeres jóvenes de los talleres de Santiago Tangamandapio, Michoacán, una vez que comenzaron a recibir ingresos. Pero también cómo entre las mismas mujeres comienza a darse una diferenciación social expresada por la calidad de su vestimenta y producto de los distintos salarios en los talleres. Lynn Stephen

(1991) también narra cómo entre las familias zapotecas, la intensificación de la producción de mercancías produjo efectos diversos en las relaciones de género. Aunque una vez más se muestra la manera en que la condición subordinada de la mujer se rectificó por estos procesos, en su trabajo se señala una modificación de las relaciones de género existentes en el trabajo agrícola y en las familias de tejedores.

En otro contexto, Mies (1998) ha investigado también los cambios en la división sexual de trabajo en la comunidad india de Narsapur, como resultado de la introducción y desarrollo de la industria del encaje. Al igual que en el trabajo de Wilson (1990), a la negociación, modificación y redefinición de las posiciones al interior del espacio doméstico la acompaña un desarrollo gradual de una diferenciación social entre las mismas mujeres, y entre mujeres y hombres. Estos últimos intentando incorporarse a la producción del encaje después de perder las tierras y el empleo como intermediarios, dejando el papel de productor a sus esposas, por lo que obligan a sus mujeres a permanecer recluidas en su casa para así asegurar la mano de obra.

Como ya lo hemos señalado, Blondet (1990) ha registrado también este proceso de readecuación de las posiciones de género ligada a la mayor participación de las mujeres en el mercado de trabajo. En su trabajo también se muestra la forma en que las mujeres pueden, a través de movimientos individuales como la ocupación de un pedazo de tierra para construir sus viviendas, establecer compromisos colectivos y ligarse a movimientos u organizaciones más amplias. Otra investigación que puede incorporarse a esta vasta literatura y que nos proporciona un panorama diferente del poder doméstico es el trabajo de Santiago Bastos (1999).

Su investigación con los Mayas urbanos de la ciudad de Guatemala, constituye un esfuerzo por desmitificar la creencia de que las estructuras económicas determinan en todos los aspectos el contenido de los comportamientos. En contra de los planteamientos que ven las estrategias de sobrevivencia como la fuente de un conflicto permanente en la que los varones detentan una posición dominante, Bastos (1999) elabora la genealogía de comportamientos específicos entre los mayas apelando a una matriz cultural para explicar la forma en que, en estos contextos, los actores (hombres y mujeres) negocian el reparto del poder doméstico.

Bastos encuentra en algunas colonias populares de la ciudad de Guatemala habitadas por indígenas, que la autoridad masculina no está asociada directamente con el papel de proveedor, y que, en cambio, las mujeres-esposas participan en la generación de ingresos no como consecuencia del incumplimiento de esta responsabilidad por parte de los hombres, sino porque entre ellos "la participación laboral de la mujer es considerada como parte de sus responsabilidades "naturales" y, por tanto, no supone conflicto doméstico, ya que no cuestiona la imagen social del varón ni éste lo considera un posible ataque a su autoridad.

Estos comportamientos domésticos, según Bastos, se encuentran anclados, al menos en parte, en una experiencia cultural estrechamente relacionada con la agricultura de subsistencia en las comunidades rurales mayas. Así, en estas comunidades, si bien el hombre maneja el recurso fundamental, que es la milpa, la mujer realiza tareas igual de fundamentales que gozan de un reconocimiento simbólico y social, y que el hombre valora, pues de ellas se obtienen recursos monetarios cada vez más necesarios. Según Bastos, la forma que toma en la comunidades el reparto de responsabilidades, es mantenida en la experiencia por los sujetos cuando cambian de entornos socioeconómico, y esto explica, en parte, porque en los nuevos contextos el conflicto y las contradicciones entre hombre y mujeres no cobran las mismas magnitudes que entre los residentes no indígenas.

Para Bastos, los individuos son actores conscientes (no simplemente racionales) que se guían por la experiencia cultural, y que, sobre esta misma base, manipulan y adaptan sus comportamientos. En su trabajo, el ejercicio del poder se muestra no como algo unívoco, que se tiene o no se tiene, sino como parte de un proceso continuo de negociación estrechamente ligado a la experiencia y a las prácticas cotidianas de las personas. Sin embargo, en su trabajo no aparece muy claro si esta experiencia concreta está siendo utilizada por las mujeres para modificar su condición general, que toma forma cuando Bastos señala que no existe contradicción ni conflicto entre cuidar a los niños y generar recursos. Es decir, compartir una responsabilidad económica es habitual, más no lo es detentar cierta autoridad. Al término de cuentas parece que algunos hombres, actuando de manera estratégica, sólo han aprendido a usar los recursos de la cultura para compartir ciertas tareas.

Tercera Parte

III. Referencias etnográficas

En varias localidades del valle de Cholula, a unos kilómetros hacia el noreste de la ciudad de Puebla, se ha desarrollado desde hace más de veinte años una actividad artesanal-industrial que le permite a un considerable número de familias autoemplearse y así reproducirse cultural y económicamente; la elaboración de tabique o ladrillo rojo⁶. Las características culturales y geográficas de estas localidades encierran elementos propios de las colonias periféricas de las urbes mexicanas. En ellas se constata la marginación y la pobreza que caracteriza a un sector mayoritario de la población que ha sido absorbido por el crecimiento urbano; entre estas características podemos anotar que sólo las calles centrales están recubiertas de asfalto, el alumbrado público sólo se encuentra instalado en las calles del centro de la localidad, así como también otros servicios como agua potable, luz y drenaje suministrados sólo en el centro.

En algunas de estas localidades aún existen pequeños cultivos de maíz o terrenos baldíos cubiertos de follaje al lado de establecimientos comerciales diversos como panaderías, tortillerías, ferreterías o pequeñas tiendas de abarrotes. En Santa María Zacatepec, por ejemplo – localidad que integramos en nuestro trabajo – el crecimiento demográfico y el tráfico intenso del transporte colectivo en el que se movilizan sus habitantes a la ciudad de Cholula y Puebla la hace parecer más una colonia popular de reciente formación que una localidad reagrupada desde hace más de 300 años.⁷

Algo que contrasta con esta intensa actividad es el número de familias enteras que trabajan diariamente elaborando ladrillos, así como la presencia de un conjunto de industrias manufactureras y de servicios instaladas alrededor de la localidad como parte de un proyecto industrial que el gobierno de la ciudad de Puebla inauguró en la década de los sesenta para fortalecer el crecimiento económico y laboral en la región, beneficio por

⁶ Melé, P. *Puebla: Urbanización y políticas urbanas*, BUAP-UAM, Puebla/México, 1994.

⁷ Este trabajo etnográfico fue realizado en esta localidad en el año de 1999 como parte de mi investigación de licenciatura. Aunque en ese momento me interesé por aspectos muy distintos a estos, y los abordé desde otro enfoque, ahora retomo algunos datos que antes no consideré por la naturaleza de mi propio trabajo, y que me parece ilustran con claridad mis ideas sobre la forma en que la diferenciación social y la resistencia aparecen en las prácticas cotidianas perfiladas por las condiciones materiales.

supuesto, que no ha tocado de ninguna forma a los habitantes de Santa María Zacatepec⁸. Pero la desigualdad de ninguna manera se limita a la participación o exclusión con las grandes empresas capitalistas, pues en la producción de esta mercancía las relaciones de dominación se reproducen de manera cotidiana, compleja y contradictoria tanto al interior de la comunidad como de cada familia.

Escasas son las familias que aún cultivan maíz pues la mayoría de sus miembros combina la elaboración del tabique con empleos provisionales en la ciudad de Puebla, México o Cholula, o bien en Estados Unidos⁹. La mano de obra es sobre todo familiar e involucra principalmente a hombres, mujeres, niños y niñas en un régimen de trabajo de más de ocho horas diarias. Se puede encontrar familias que emplean gente de otros lugares, personas que participan a destajo o sólo por alimentos.

Esta mano de obra puede distribuirse entre familias e intercambiarse como pago de algún favor o simplemente como "servicio familiar". Así, podemos ver que en una familia extensa, sólo los hijos tienen derecho, una vez que se casan, a recibir una herencia, en caso de que ésta exista y a establecer su residencia en el mismo predio del padre, así como a participar en los ingresos de la producción familiar, mientras que los esposos de las hijas casadas están obligados a incorporarse al trabajo familiar o a proporcionar un porcentaje de su producción cuando la familia de su esposa ha contraído algún compromiso que requiera un gasto excesivo. Esta participación incluye el préstamo de los hijos como mano de obra de manera periódica.

Como unidades productoras relativamente autosuficientes, puesto que la interdependencia familiar puede generar lazos de dependencia muy fuertes, estas familias producen el tabique diariamente en horarios que ellos mismos determinan, sin que esto implique una remuneración igualmente diaria. Los compradores no obtienen la mercancía sino hasta que la familia ha completado una "hornada", es decir la cantidad aproximada de 28 millares; cantidad que es producida en un tiempo aproximado de un mes.

La incorporación al mercado para vender sus mercancías está condicionada por la posesión o no de los medios de transporte. Como son escasas las familias que cuentan con

⁸ Ibid.

⁹ La producción de ladrillo en Santa María Zacatepec se sostiene por una fuerte base doméstica, tan sólo en 1995, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) reportaba que de entre las 1300 familias registradas, un 80 % vivía de la fabricación de ladrillo y un 10% mantenía relaciones indirectas con la producción de materiales de arcilla para la construcción. (INEGI 1995).

estos medios, la venta queda circunscrita a la intervención de un grupo de compradores externos que visitan periódicamente la localidad en busca del mejor producto. Algunas veces, las familias que han logrado adquirir medios de transporte, no como producto de la intensificación de la producción, sino como resultado de la diversificación de ocupaciones de sus miembros (tienen varios miembros trabajando en los Estados Unidos) son las que compran la producción de las otras familias para revenderlas en los estados de México y Morelos. Otras veces, gente que se dedica exclusivamente a comprar tabique llega a la localidad, aunque la mayor parte son sujetos en condiciones económicas semejantes contribuyendo a completar sólo una de las fases del proceso de producción; la distribución.

Podemos decir que el conjunto de relaciones asimétricas, en el se involucran los miembros de esta localidad, se circunscribe principalmente al ámbito familiar, aunque también puede observarse a nivel comunitario entre las familias. A nivel de la comunidad, la diferenciación se da por la escala de producción, y ésta a su vez se sostiene en la cantidad de mano de obra de que puede disponer una familia. Podemos sugerir que las diferencias están determinadas principalmente por el tamaño de la unidad doméstica, el conocimiento tecnológico, la propiedad y el tipo de instrumentos de trabajo. Las relaciones de parentesco también juegan un papel importante pues es sobre la base de estas relaciones como se compensa en determinadas situaciones la ausencia de capital económico y también como se distribuye la mano de obra, inclusive la infantil.

El modelo de organización del trabajo, y que puede encontrarse en todas las unidades que involucran mano de obra familiar en esta localidad, se sostiene principalmente en la división sexual del trabajo. La división del trabajo es así dispuesta de manera jerárquica, con base a las categorías de género, pero también a las de edad. El padre de familia es el que organiza la economía familiar y muchas veces determina la trayectoria de sus hijos:

Haga de cuenta que para trabajar en el ladrillo, la casa tiene que funcionar como una fábrica. Donde yo soy el patrón, mi esposa es la secretaria, y mis hijos los trabajadores. Mi primo, que ahorita está con nosotros por un tiempo, ayudándonos, pues sería también un trabajador. Yo decido el tiempo de trabajo y la forma, a mi esposa le toca administrar el dinero que todos juntamos, y cuidarlo. Ya los hijos, si trabajan bien, pues se les va recompensando. (Manuel Pérez)¹⁰

¹⁰ Sr. Manuel Pérez. Santa María Zacatepec. 18/09/99

Los hombres adultos se encargan de preparar el lodo. Para esta tarea, los que han acumulado más dinero, no necesariamente proveniente de la misma producción de ladrillo, ocupan un tractor, otros una máquina, y los que carecen de todo recurso, que son la mayoría, lo elaboran con los pies. Las familias que cuentan con hijos adolescentes los emplean para transportar las carretillas de lodo desde donde lo hace el padre, hasta el lugar donde las mujeres lo trabajan, que es, por lo regular, el centro del patio. En esta última tarea se incorporan las hijas y las madres. Para los niños y niñas menores de 10 años se reserva el acomodado de los ladrillos una vez que están secos, y la limpieza de éstos con algunos instrumentos de metal. Todos participan en la carga y descarga del horno. En el caso de familias que no cuentan con miembros masculinos adultos, por viudez, por divorcio, o porque sus esposos se encuentran trabajando en Estados Unidos, esta actividad es casi nula o bien la producción muy pequeña. Algunos se emplean en casas de familiares, o buscan trabajo en las ciudades cercanas.

Los arreglos domésticos se han vuelto complejos, pues el taller de trabajo se ha instalado en patio de la casa. Así, las mujeres mantienen inmutable la idea de que a los hombres les corresponde llevar el dinero a la casa y a las mujeres ocuparse de ésta. En la práctica esta concepción del trabajo adquiere tonos dramáticos. Así, las mujeres no sólo proporcionan su mano de obra en el trabajo familiar sino que también se ocupan del trabajo doméstico y de las actividades necesarias para la recomposición de la fuerza de trabajo. Cocinan, lavan, planchan, y cuidan a los hijos mientras no se trabaja. Los hombres ven estas actividades femeninas como indispensables, pero las consideran parte de la vida cotidiana y propia de las mujeres. Pero este esquema de apreciación no es propio de los hombres, corresponde con el valor que las mujeres le asignan a las tareas domésticas. De la misma manera es valorada la contribución de los niños y niñas. Para los padres, éstos tienen la obligación de ayudar, más aún si son mujeres.

Las familias de menos recursos, que no cuentan con el capital suficiente para hacerse llegar de los insumos mínimos que requiere la producción de la ladrillo, se tienen que incorporar como mano de obra excedente a otras familias que sí controlan ciertos recursos. Las familias que han logrado comprar terrenos o bancos de arcilla son las que comúnmente emplean a aquellas que no poseen ningún recurso.

III.1. Los caminos de la diferenciación social

Caso 1: El FONAES (Fondo Nacional de Empresas en Solidaridad)

Con el fin de ejemplificar las bases de mi propuesta ofrezco una breve descripción de dos casos ejemplos. Pero Antes un breve apunte del lugar e el que se sitúan. En Santa María Zacatepec, encontramos que las relaciones de parentesco constituyen un vehículo importante en la distribución de la mano de obra. Esto ha permitido a muchas familias escapar de compromisos económicos o solventar gastos excesivos provocados por alguna contingencia. Sin embargo, no todos se pueden beneficiar de estas redes. Algunos sólo proporcionan mano de obra sin ser asistidos en momentos críticos. Esta situación ha provocado fisuras en las organizaciones familiares extensas, y ha llevado a los individuos a tener que reorganizar a su propia familia para poder prescindir de los servicios de los suegros, por ejemplo. La naturaleza del trabajo (mano de obra sobre todo familiar), no permite que formen cooperativas u otras formas de asociación laboral a través de las cuales podrían coordinar sus actividades o negociar con el Estado algún programa de capacitación. Sin embargo, en 1998, como parte de un programa gubernamental (FONAES), llegó a la localidad un grupo de ingenieros agrónomos para proporcionar asistencia técnica a quienes cultivaran algún tipo de hortaliza o criaran ganado. En ese tiempo, sólo un grupo de unas cinco familias, mantenía una relación comercial con el cultivo y la cría de ganado, sobre todo vacuno. Coincidentalmente, unos años atrás, este grupo había constituido una pequeña empresa ladrillera, pues algunas familias habían logrado comprar bancos de arcilla y otras heredado hectáreas de tierra que posteriormente habían convertido en bancos de arcilla de donde se obtenía la mayor parte del material con el que trabajaban las familias de la localidad. Como resultado de su capital, y de su proyecto previamente formado, este grupo acaparó la asistencia de los ingenieros, y aprovechó su contacto para gestionar, por medio de ellos, fondos y asistencia para transformar la forma de producción artesanal del ladrillo en forma industrial.

Como el programa destinaba los recursos a la comunidad en su conjunto, estas familias convinieron en difundir la versión de que la asistencia era únicamente para el cultivo de hortalizas y para la cría de ganado, por lo que la mayoría de las familias ladrilleras quedaba excluida de la asistencia de los ingenieros. Poco tiempo después, la

indiscreción de uno de los miembros del grupo hizo que la comunidad se enterara del proyecto, por lo que tuvieron que confrontar a todos aquellos que criticaron y propusieron ser incluidos. El grupo estaba liderado por el hijo de un campesino que había estudiado en una escuela de ingeniería en el estado de México y que tenía conocimientos básicos en esta disciplina. Como no existían razones formales para excluir a muchas familias que podrían beneficiarse de este apoyo, creó un sistema de reglas de participación, apoyado siempre en "sus conocimientos". Así, difundió la versión de que a través del programa gubernamental sólo se podrían obtener la mitad de los recursos, por lo que exigió que aquellos que desearan participar tenían que poner una cuota de dinero. Esto desalentó a muchas familias y difundió el rumor de que la exclusión estuvo planeada. Para recuperar su prestigio, el representante del grupo difundió las limitaciones del programa y propuso, en una actitud altruista, que las familias originales, entre las que, por supuesto, se encontraba la de él, pusieran la mitad del monto requerido para llevar a cabo un programa de prueba. Según sus cálculos, si una familia de cuatro o cinco miembros producía 28 millares en un mes, con la transformación industrial a gas se podrían producir 5 veces más en la mitad de tiempo. La gente del pueblo conoció estas ventajas hasta después de que se hizo formal el rechazo del proyecto por parte de la agencia gubernamental encargada de otorgarlo, y por lo tanto de la indisponibilidad de los recursos. Frente a esto, el grupo diseñó un plan alternativo con la intención de movilizar a toda la comunidad para gestionar el recurso económico. La gente no participó, y por el contrario la imagen de las cinco familias se deterioró más de lo que ya estaba. El grupo se desintegró posteriormente, y cada familia continuó produciendo ladrillo por cuenta propia.

Un par de años más tarde, un anciano de noventa años, padre de uno de los miembros de este grupo, y que algunos lo identificaban como cacique, se extravió en las afueras de la localidad. A la búsqueda se unieron compadres y amigos del grupo que no habían sido incluidos en el proyecto por no contar con los recursos suficientes. Desafortunadamente, quienes encontraron primero al padre fue un par de compadres excluidos del programa. Después de cerciorarse de su "buen estado", dejaron pasar un par de horas más para avisar que ya lo habían encontrado. Este hecho se difundió más tarde, y creó cierta enemistad entre la familia del anciano y las personas que lo encontraron. La gente comentó este hecho con un tono que deja ver cierta apreciación por la decisión de las

personas que no avisaron inmediatamente de la suerte del anciano, así como un tono de burla por la suerte de la familia que excluyó a la mayor parte de la comunidad.

Caso 2: El club de la familia Barrios

Organizado el pueblo en cuatro barrios y una colonia, los habitantes de Zacatepec dedican varios días del año a la celebración de las fiestas religiosas. Cada barrio tiene un santo y lo celebra de manera independiente, no obstante todos están obligados a participar en la celebración del santo patrón de la localidad el día 8 de diciembre. La organización de estas actividades queda a cargo de los habitantes de cada barrio mediante un sistema de cargos cívico-religiosos. Existen claras diferencias entre la celebración de un barrio a otro, y de entre todas resalta la celebración particular que realizan las personas de “la colonia”, pues son las que más invierten en el festejo. Las personas que habitan en alguno de los cuatro barrios identifican a la colonia como el lugar de los “ricos”, sin embargo no dejan de reconocerlo como parte de la localidad¹¹.

Como ya mencionamos anteriormente, a la celebración particular de cada barrio existe la celebración general de la fiesta del pueblo realizada el 8 de diciembre, día de la purísima concepción. En estas fechas se realiza la segunda peregrinación anual a la Basílica de Guadalupe, pues la primera se realiza al santuario del Señor de Chalma en el mes de febrero. El día de muertos es otra de las fechas en que el espacio se sacraliza obligando a todos los habitantes de Santa María Zacatepec a detener sus actividades laborales por el periodo que duran las celebraciones.

Existe una familia que se destaca en la participación de los eventos religiosos en la localidad, y que ha logrado incrementar su capital económico desde hace más de cinco años. El padre, el señor Barrios, tuvo seis hijos y siete hijas. Varios de sus hijos se fueron a trabajar a Estados Unidos, y con las remesas enviadas por ellos él comenzó a incrementar la producción de ladrillo. Como existe un acuerdo tácito, amparado en la costumbre, que obliga a los esposos de las hijas a contribuir con el trabajo familiar del padre, el señor Barrios ha logrado aprovechar esta situación y ha exigido muchas veces la asistencia de los yernos para cumplir con algunos compromisos comerciales. Cuando los esposos no pueden

¹¹ En realidad, en este lugar habita gente de la misma localidad que ha logrado mejorar su condición

asistirlo, envían a sus hijos a trabajar con el abuelo. Estas circunstancias han hecho que el bienestar de la familia haya mejorado mucho en comparación con las demás familias de la localidad. Algunos de los resultados pueden verse en la adquisición de varios camiones de carga que utilizan para la distribución del ladrillo. Sin embargo al interior de la familia Barrios, se pueden ver diferencias importantes en la distribución de los beneficios recibidos por la familia de las hijas y la de los hijos.

Gracias a la posesión de un medio de transporte, esta misma familia ha formado un club de peregrinación, el club Barrios, y organiza peregrinaciones en el mes de febrero al santuario de Chalma, y en diciembre a la Basílica de Guadalupe. Esta situación les ha proporcionado cierto prestigio en la comunidad, aún cuando existen otras familias que también organizan peregrinaciones desde hace tiempo. Un elemento común en las familias organizadoras, es que todas cuentan con transporte propio, además de que todas exigen una cuota a los participantes para gastos de transporte. Lo que resalta del club Barrios, es que ha encontrado la manera en que los peregrinos opten por su club y no por otros, proporcionando uniformes, y esta determinación ha generado una competencia entre las familias organizadoras por los peregrinos. Así, muchas familias se identifican con el club Barrios, pues ven en la distribución de los uniformes, que no son gratuitos, cierta creatividad. Así, mientras que los miembros de otros clubes ironizan los uniformes y se quejan de que esa organización es un negocio, que se expresa sobre todo por la exigencia de una "cuota de cooperación" más alta, quienes los apoyan justifican en parte su preferencia porque su transporte está en mejores condiciones.¹²

Creemos que después de la revisión teórica elaborada en las dos primeras partes de este trabajo, esta descripción etnográfica nos regresará al plano de las prácticas cotidianas, y nos proporciona una base empírica en la que podemos ver la forma en que las familias

económica y que ha mudado su residencia a ese espacio.

¹² Shadow y Rodríguez (1994) han trabajado en un contexto socioeconómico y cultural semejante al que describimos, y con respecto a las peregrinaciones han propuesto ver en ellas un fenómeno ideológico producto de un proceso histórico vinculado con la dinámica de lucha de clases, en la que deben tomarse en cuenta, no tanto sus propiedades fenomenológicas, sino su contenido sociopolítico. Así, al participar en la peregrinación de una comunidad ladrillera al Santuario de Chalma, los sugirieron que el contenido sociopolítico de la peregrinación debe entenderse más como un acto de resistencia que como una sublevación real en un escenario simbólico. En este sentido, afirman que lo que ellos observaron, «es la respuesta a los pedidos y a las perplejidades de una clase rural desamparada, a menudo sujeta a las incertidumbres del temporal y de las instituciones del Estado, y siempre expuesta a la explotación económica y a la dominación política (Shadow y Rodríguez 1994; 117). Pero los sujetos aparecen como actores con pretensiones políticas, pero nada más, sin interlocutores reales.

recrean sus vidas diarias en el marco de las relaciones asimétricas que se reproducen como parte de este proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Pero, ¿podemos, entonces, sugerir que en este contexto las relaciones de dominación y poder no sólo están contenidas al interior de los hogares, sino que se extienden en un espacio más amplio de interacción? ¿Acaso la familia, una vez que despliega determinada estrategia de sobrevivencia, crea las bases sobre las que se inicia otro proceso de diferenciación social que desborda las relaciones intradomésticas? No podemos aspirar a una respuesta definitiva. En su lugar, adelantaremos algunas hipótesis. Esto es, cuando una actividad que moviliza mano de obra genera acumulación de ganancias, los conflictos se vuelven latentes. En estas circunstancias vemos que los individuos que han llegado a controlar determinados recursos, los utilizan principalmente en su propio beneficio, aun cuando existe una situación generalizada de carencia y desigualdad económica.

III.2. A manera de conclusión

La idea central de este trabajo puede resumirse de la siguiente manera: lo que la gente desprovista de los recursos necesarios hace para ganarse la vida diariamente, forma parte de un complejo proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, en el que se conjuga diariamente el peso de las estructuras y la capacidad de los individuos para responder creativamente a sus efectos. En este marco de ideas, apelamos al concepto de estrategias de sobrevivencia por dos razones principalmente. La primera razón es de orden teórico, pues si bien este sintagma encierra parte de la discusión entre formalistas y sustantivistas, no es sino hasta los años setenta que, como señala Selby (1994), se problematiza esta noción y se utiliza para tratar las tensiones y complejidades que encierra el comportamiento de las familias pobres en contextos semiurbanizados en los que priva el desempleo laboral y la inseguridad social.

En los trabajos de Duque y Pastrana (1973), Bilac (1978), Schmink (1979), y el del grupo del CEDES, encontramos las primeras pistas que seguiría nuestro trabajo: las crisis económicas de los años setenta en América Latina, no sólo estaba dejando a un numeroso sector de la población sin empleo, sino que estaba empujando a las familias populares a valerse de sus propios recursos para intensificar la capacidad de trabajo y reponer así la seguridad perdida. ¿Pero qué era en concreto, lo que hacía la gente en estas circunstancias

para subsistir sin recursos económicos y sin ningún esquema de seguridad social indispensable? Una respuesta simple podría subrayar un conjunto de actividades diversas: producción de mercancías en el hogar, venta de alimentos en la calle, labores de servicios en casas particulares, trabajo asalariado estacional, etc. Pero lo que en un principio se identificó como un fenómeno propiamente económico, y que para algunos evidenciaba la creatividad con que los sectores más vulnerables manejaban de manera "eficiente" los recursos de su propia pobreza, dio paso a otro fenómeno que permitió observar, a través de lo que se denominó estrategias de sobrevivencia, una dimensión política.

Esta dimensión política se encontró particularmente en los arreglos domésticos, y a partiendo de este aspecto, se trató de entender la capacidad de las familias para reconfigurar los arreglos domésticos y racionalizar el uso de sus recursos, es decir, se abrió el debate en torno a la forma en que estas estrategias reproducían la posición del grupo en la estructura social, y sobre la forma en que la división sexual del trabajo operaba conforme a la división social del trabajo en el nivel estructural.

Aquí es donde surge una de las preguntas principales que orientan nuestra investigación ¿es la familia un actor colectivo con capacidad para desplegar estrategias y organizar coherentemente la mano de obra de sus miembros? Siguiendo la advertencia de Creed, de que cuando se trabaja con el término estrategias familiares se debe cuidar de no convertir a la familia en una caja negra, en un actor en sí mismo, exploramos en el concepto de estrategia una posible respuesta.

Según Selby *et al* (1994), en lo que se ha denominado "estrategias de sobrevivencia" de las familias pobres no se observa un comportamiento estratégico, pues este concepto, sacado de la teoría de juegos, supone la existencia de un conjunto numeroso de alternativas, que son nulas en el caso de las familias pobres. Desde su perspectiva, y si consideramos este contexto de precariedad laboral, lo que las estrategias de sobrevivencia muestran, es la forma en que el sistema hegemónico se halla recreado en las estructuras familiares. Es decir, no podemos creer que la familia sea un actor colectivo en el que se conjugan de manera armónica los intereses de todos sus miembros. Por eso, es preferible atender los paradójicos desencuentros entre los proyectos individuales y los proyectos institucionales en el marco de la unidad familiar.

En este sentido, Sheridan (1991) nos mostró, en forma de réplica contraargumento al trabajo de González de la Rocha, que si bien la familia no es una unidad pasiva que responde de manera adaptativa a los cambios externos, como señala esta última, tampoco podemos sostener que de algunas de sus propiedades, como es el ciclo doméstico depende su capacidad para racionalizar el uso de sus recursos inmediatos: fuerza de trabajo, tiempo y consumo, y menos para sostener que a partir de este elemento la familia establece una relación de interdependencia con el mercado de trabajo. Como ya lo señalamos anteriormente, para Sheridan, la unidad doméstica, o mejor dicho el espacio doméstico, es un lugar donde se reproducen las prácticas de clase, donde se configura una concepción del mundo estrechamente ligada a las condiciones materiales de existencia, donde se recrean los patrones de autoridad y de poder propios de la división social del trabajo, y también donde se recrean los conflictos que desata una dependencia económica evidente. ¿Debemos pensar entonces que la familia, al movilizar la mano de obra bajo los esquemas de la división social más amplia, está subordinada a las estructuras externas? O por el contrario, ¿debemos creer que, a través de las estrategias de sobrevivencia, la familia exhibe cierta capacidad para aislarse del entorno? No vamos a repetir el argumento esbozado en la segunda parte, sólo apuntaremos que el conjunto de prácticas que las familias reproducen como parte de su subsistencia cotidiana, forma parte de un complejo proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, y en el que el ejercicio es resultado de un proceso continuo de negociación y resistencia.

Bibliografía

A.A.V.V. "Programa de Investigación de la Población en América Latina", *Líneas prioritarias para la tercera fase de la investigación*, México, PISPAL, 1978.

Adams, R. (1983). *Energía y estructura. Una teoría del poder social*. F.C.E., México.

Alonso, J. (1988). "Crisis, cismos e industria doméstica", en *Mujeres y sociedad; salario, hogar y acción social en el occidente de México*. El colegio de Jalisco, México.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE . México.

Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands / La Frontera. The new Mestiza*. Ed. Aunt Lute. EEUU.

Argüello, O. (1981). "Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido. en *Demografía y Economía*. vol. XV. núm. 2 (46), COLMEX.

Arias, P. (1982) "La reproducción social de las unidades domésticas de la mujer" en *Familia y sociedad*. núm. 1 (marzo).

Arizpe, L. (1986) "Las mujeres campesinas y las crisis agrarias en América Latina" en *Nueva Antropología* no. 30

Bastos, S. (1999). "En busca de nuevas formas de analizar la organización social del hogar", en González, M. *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. Plaza y Valdés, CIESAS, México.

Becker, G. (1964). *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis*. Columbia University Press, Nueva York.

Bestard, J. (1998). *El parentesco y al modernidad*. Paidós, España.

Bilac, E. (1978). *Familias de trabajadores: estrategias de sobrevivencia*. Edições Símbolo. Sao Paulo, Coleção Ensaio e Memoria 6.

Blondet C. (1990) "Establishing and identity: women settlers ina poor Lima neighbourhood", en Jelin, E. (ed.) *Woman and Socail Change in Latin American*, Zed Books, Londres.

Boudon, R. (1980). *Efectos perversos y orden social*. Premia editora de libros. México.

Bourdieu, P. (1984). *Sociología y Cultura*. Grijalbo-Conacultua. México.

Bourdieu, P. (1996). *Cosas Dichas*. Gedisa. España.

Brass, T. (2001). "At their Perfect Command'? The Struggle of/(over) Post-Emancipation Rural Labour". En *The Journal of Peasant Studies*, vol. 28, num. 3.

Castaingt, J. (2000). *Los Sistemas Comerciales y Monetarios en la Triada Excluyente*. Plaza y Valdes-UAM-I. México.

Castells, M. (1984). "Small Bussines in a World Economy: The Hong Kong Model, Myth and Reality", en *The Urban Informal Sector:Recent Rends in Research and Theory*, Iconferencia, departament of Sociology, The Johns Hopkins University, pp. 161-223.

Castells, M. (1986). "High tecnologia, economic policies and world development, Berkely. citado en Wilson, F. (1990). *De la casa al taller*. El colegio de Michoacán. México.

Castells, M, y Portes, A. (1989). "World Underneath: The origins, dynamics and effects of the informal economy", en Portes, A, Castells M. y Benton, L.A. (ed.). *The Informal economy: studies in advanced and less developed countries* The John Hopkins University Press, Baltimore, Md.

Chayanov, A. (1966). *The theory of peasant Economy*. D. Thorner, B, Kerblay y R.E.F, Smith (eds), Homewood, Illinois, Irwin; Madison, University of Wisconsin Press.

Comaroff, J. y Roberts, S. (1981) *Rules and processes: the Cultural Logic of Dispute in an African Context*. The University of Chicago Press. Chicago.

Cliiford, J. (1999). *Itinerarios Transculturales*. Gedisa, México

Comaroff, J. (1985). *Body of Power, Spirit of Resistance: the Culture and History of a South-African people*, University of Chicago Press, Chicago.

Cook, S. et Binford, L. (1995). *La necesidad obliga. La pequeña industria rural en el capitalismo mexicano*. Conaculta, México.

Creed, G. (2000). "Family Values and Domestic Economies". En *Annual Review of Anthropology*, vol. 29.

Crozier, M. y Friedberg, E. (1990). *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*. Alianza Editorial. México.

De la peña, G. y Escobar, A. (1990) "Introducción", en Guillermo de la Peña *et al* (comps.) *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara, CIESAS, México.

De Soto, H., E. Ghersi y M. Ghibellini (1987). *El otro sendero. La revolución informal*. Editorial Diana, México.

De Teresa, A. (1992) "Crisis agricola y economía campesina. El caso de los productores de henequén en Yucatán". Miguel A. Porrúa-UAM-I

- Donzelot, J. (1979). *The Policing of Families*, Pantheon Books. Nueva York.
- Douet Herrera, B-Y. (2002). *Con un pie en la milpa. Estrategias locales de reproducción social en hogares rurales de una micro-región de los altos de Guatemala*, Tesis de Doctorado del Centro de Estudios demográficos y de desarrollo urbano, Colegio de México, México.
- Duque, E. y Pastrana, E. (1973). "Las estrategias de sobrevivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria" en Proelce, Santiago de Chile.
- Elder, G. (1985). *Life Course Dynamics, Trajectories and Transitions 1968-1980*, Ithaca, Cornell University Press, Nueva York.
- Engels, F. (1975). "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado". en Marx. C. y Engels, F. *Obras Escogidas. Editorial Progreso*, Moscú.
- Escobar Latapí, A. y González de la Rocha, M. (1988). "Microindustria, informalidad y crisis en Guadalajara, 1982-1987" en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 18.
- García, B., Muñoz, H. y Oliveira O. (1988). *Hogares y trabajadores*. UNAM. México.
- García, B. y Oliveira, O. (1994) *Trabajo Femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México. México.
- García Canclini, N. (1984). "Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, Consumo y Nuevas Formas de Organización Popular", en *Nueva Sociedad*, núm. 71, Caracas.
- Geertz, C. (1991). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- Giddens, A. (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu. Buenos aires, Argentina.
- Giménez, G. (1994). "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos.", en González, J.y Galindo J.(coords). *Metodología y cultura*. Conaculta, México.
- Geldhill, J. (2000) *El poder y sus disfraces*. Bellaterra, Barcelona.
- Glick Schiller, N. and Basch, L. (1992). "Transnational Projects of Immigrants and Ethnographers, and the Culture Politics of Nation States". Ponencia presentada en la reunión de la AAA en Diciembre de 1992 en San Francisco.
- Glick Schiller, N., Basch, L. and Blanc-Szanton, C. (1995). "Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration". Toward a Transnational Perspective on Migration.

Goldani, A. (2001) "Las familias brasileñas y sus desafíos como factor de protección al final del siglo XX". en Gómez, C. (Comp.) *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. Flacso-Miguel A. Porrúa. México.

González de la Rocha, M. (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco-Ciesas, Guadalajara, México.

González de la Rocha, M. (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y "cuernos": un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Luisa Gabayet *et al.* (comps.) *Mujeres y Sociedad: Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El colegio de Jalisco-CIESAS, Guadalajara, México.

González de la Rocha, M *et al.* (1990). "Estrategias versus conflictos. Reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis", en Guillermo de la Peña *et al.* (comps.) *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara, CIESAS, México.

González de la Rocha, M. (1999). "Hogares de jefatura femenina en México: patrones y formas de vida. en González de la Rocha, M, *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, CIESAS, México.

González de la Rocha, M. (2000). "Private Adjustments: households responses to the erotions of work". editado por Alejandro J. Grinspun. UNDP.

Gutmann, M. (1993) "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México de los noventa", en *Estudios Sociológicos*, vol. XI núm.33

Gutmann, M. (1996). *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.

Hareven, T. (1978). *Transitions: The Family and the Life Course in Historical Perspective*, Academic Press, Nueva York.

Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática del Estado de Puebla. (1995).

Jelin, E. (1979). "El rol de la mujer en las estrategias populares urbanas en la Argentina", informe de avance del proyecto, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (mimeografiado).

Kaztman, R. (1992) ¿Por qué los hombres son tan irresponsables ? en *Revista Cepal*, núm. 46.

Kaztman, R. y Wormald. G. (coords.) (2002). *Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas en América Latina*. Ed. Fernando Errandonea. Uruguay.

Kearney, M. (1994). "Transnationalism: From Hyphenation and Profanation to Transit". Paper prepared in advance for participants in symposium no 117 "Transnationalism, Nation-State Building and Culture". Motel Mijas, Mijas, Spain.

Kearney, M. (1995). "Differentiation and identity". En *Reconceptualizing the Peasantry*. Ed. Westview Press. EEUU.

Kearney, M. (1999). "Fronteras fragmentadas, fronteras reforzadas". En Mummert G. (Ed.) *Fronteras fragmentadas*. Ed. Colmich. México. 1999

Kearney, M. and Nagengast, C. (1989). "Anthropological Perspectives on Transnational Communities in Rural California". En CIRS. Working Paper # 3.

Kertzer, D. y Schiaffino. (1983). "Industrialization and Co-residence: A Life Course Approach" en P. Baltes y G. Brimm (comps.) *Life Span Development and Behavior*, vol. V, academic Press Nueva York.

Kessing, R. (1992). *Custom and Confrontation: the Kwaio Struggle for Cultural Autonomy*, University of Chicago Press, Chicago.

Kuper, A. (1999) "Ascenso y caída de la sociedad primitiva", en *Ortodoxia y Tabú. Apuntes críticos sobre la teoría antropológica*, Publicacions d'Antropologia Cultural, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra

Lagarde, M. (1996) "Identidad femenina e insurrección en México. Los zapatistas del EZLN, 1994" en *Reflexiones sobre la identidad de los pueblos*. El Colegio de la Frontera Norte, México.

Laslett, P. (1969). "Size and Structure of the Household in England over Three Centuries" en *Population Studies*, vol.23.

Laslett, P. (1983). "El mundo que perdimos explorado de nuevo". Alianza Editorial, Madrid.

Lailson, S. (1980). "Expansión limitada y proliferación horizontal: la industria de la ropa y el tejido de punto" en *Relaciones* vol. 1, núm. 3, Zamora, el Colegio de Michoacán.

Lévi-Strauss, C. (1995). "La Familia", en *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Cuadernos Anagrama. Barcelona.

Lomnitz, L. (1998a). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI, México.

Lomnitz, L. (1998b). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de Antropología Latinoamericana*. Miguel Angel Porrúa-FLACSO, México.

London, C. (1997). "Class Relations and Capitalist Development: Subsumption in the Colombian Coffee Industry, 1928-92". En *The Journal of Peasant Studies*, vol. 24, núm. 4.

Marx, C. (1983). *Libro I- Capítulo VI inédito*. Siglo XXI, México.

Marx, C. (1972). *El capital*. Fondo de cultura económica, México.

Meillasoux, C. (1982). *Mujeres, Granjeros y Capitales*. Siglo XXI, México.

Melucci, A. (1985). "Las teorías de los movimientos sociales", en *Estudios Políticos*, UNAM, FCPyS.

Meyers, A. (1982). *Expansión del capitalismo, estrategias de reproducción y estratificación social en el campesinado: dos casos del Valle del Mantaro, Perú*, Centro de Investigaciones sobre América latina, Documentos de trabajo de la Universität de Bielefeld.

Mies, M. (1998). "Dinámica de la división sexual del trabajo y la acumulación de capital. las trabajadoras del encaje en Narsapur, India", en Peña, F. *Estrategias femeninas ante la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir*. Colección Científica-INAH.

Moore, H. (1996). *Antropología y Feminismo*. Ediciones Cátedra, España.

Nash, J. (1986). "Maya household production in the world market: the potters of Amatengo del Valle, Chiapas, México". En *Crafts in the world market*, State University New York.

Nash, J. (1994). "Global integration and subsistence insecurity". En *American Anthropologist*, vol. 96, núm 1, American Anthropological Association, New York.

Nash, J. (1995). *Bajo la mirada de los antepasados. Creencias y comportamiento en una comunidad maya*. Instituto Indigenista Interamericano, México.

Ojeda de la Peña, N. (1986). "Reflexiones sobre la perspectiva de curso de vida en el análisis del ciclo vital familiar (una propuesta de estudios en el caso de México)", ponencia presentada en la Tercera Reunión Nacional de la Investigación Demográfica.

Ortner, S. (1984). "Theory in Anthropology since the Sixties". En *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26, núm. 1.

Palerm, A. (1981). *Antropología y Marxismo*. CIS-INAH-Editorial Nueva Imagen. México.

Pepin-L., M. y Rendón, T. (1985). "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción, en Appendininkirsten, et al, *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*. El Colegio de Michoacán, México.

Portes, A. (1978). "The Informal Sector and the World Economy: Notes on the Structure of Subsidized Labour" en *Brighton, England, University of Sussex Bulletin of the Institute of Development Studies*, IX, 4.

Portes, A. (1979). "Illegal Immigrations and the International System: Lessons from recent Legal Mexican Immigrants to the United States" en *Social Problems*, XXVI, 4 (abril).

Portes, A. (1981). "Unequal Exchange and the Urban Informal Sector", en Portes, A. y Walton, J. (ed.), *Labor, Class and the International System*. Academic Press, Nueva York.

Portes, A. (1989). "La informalidad como parte integral de la economía moderna y no como un indicador de atraso", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 20.

Portes, A. y Guarnizo, L. (1991). "Tropical Capitalists: U.S.-Bound Immigration and Small Enterprise Development in the Dominican Republic", en Díaz Briquets, S. y Weintraub, S. *Migration, Remittances, and small Business development: Mexico and the Caribbean Basin Countries*, Westview Press, Boulder, Colorado.

Portes, A. (1995). "En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada" Flacso-Miguel A. Porrúa. México.

Rey, P-Ph. (1975). "The lineage mode of production" en *Critique of Anthropology*, núm. 3.

Rámirez, J. (1990) "Estrategias de sobrevivencia y movimientos sociales", en Guillermo de la Peña et al (comps.) *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara, CIESAS, México.

Ramos, D. (1998). "EL peso de la tradición; las alfareras de Amtenango del valle, Chiapas, ante una evaluación de calidad". Tesis de Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural. El colegio de la Frontera Sur. México.

Ritzer, G. (1993). *Teoría Sociológica Contemporánea*. McGraw-Hill, España.

Ritzer, G. and Gindoff, P. (1994). "Agency-Structure, Micro-Macro, Individualism-Holism-Relationism: A Metatheoretical Explanation of Theoretical Convergence between the United States and Europe", en Sztompka, P. ed. *Agency and Structure*. Gordon and Breach. U.S.A.

Roldán, M. (1987). "Another meeting on the informal sector? Or the politics of designation and economic restructuring in a gendered world", Paper presented at the conference: *The informal sector as an integral part of the nation economy, research needs and aid requirements*, Copenhagen.

Roseberry, W. (1991). "Los campesinos y el mundo". En Plattner, S. *Antropología económica*, tr. Henríque Mercado, Alianza, México.

- Roseberry, W. (1997). "Marx and Anthropology". En *Annual review of Anthropology*, vol. 26.
- Roseberry, W. (2002). "Hegemonía y lenguaje contencioso". En Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (comp.) *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, . Era, México.
- Sahlins, M. (1983). *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, Madrid.
- Safa, H. (1974). *The Urban Poor of Puerto Rico: A study of Development and Inequality*, Harcourt Brace, Nueva York.
- Safa, H. (1995). *The Myth of the Male Breadwinner. Women and Industrialization in the Caribbean*, Boulder San Francisco, Westview Press, Oxford.
- Sassen-Koob, S. (1980). "Immigrant and Minority Workers in the Organization of the Labour Process", en *Jornal of Ethnics Studies*. vol. VIII, 1.
- Sassen-Koob, S. (1981). "Exporting Capital and Importing Labour: the Role of Caribbean Migration in New York City", en *Ocassional Papers*, núm. 28, Inter-American Affairs program, Nueva York University.
- Sassen-Koob, S. (1989). "New York City's Informal Economy", en Portes, A., Castells, M., y Benton, L.A., *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*, The John Hopkins University Press, Baltimore, Md.
- Selby, A. H. et al. (1994). *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1982)*. Conaculta. Serie regiones. México.
- Schmink, M. (1979). "Community in Ascendance: Urban Industrial Growth and Household Income Strategies in Belo Horizonte, Brasil", Tesis Doctoral, Austin, University of Texas.
- Schmink, M. (1984). "Household Economic Strategies", en *Latinamerican Research Review*, núm. 19.
- Scott, J. (1976). *The Moral Economy of the Peasant: Subsistence and Rebellion in Southeast Asia*, New haven, Yale University Press.
- Scott, J. (1985). *Weapons of the weak. Every day forms of Peasant Resistance*. New Haven, Yale University Press.
- Scott, J. (1986). *Culture and Class in Anthropology and History*. Cambridge University Press.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era, México.

Shadow, R y Rodríguez, M. (1994). "Símbolos que amarran, símbolos que dividen: hegemonía e impugnación en una peregrinación campesina a Chalma", en Garma, C. y Shadow, R. (coords). *Las peregrinaciones religiosas: una aproximación*. UAM-I, México.

Sheridan, C. (1991). *Espacios domésticos. Los trabajos de la reproducción*. CIESAS. México.

Sheridan, C. y Estrada, M. (1988). "Familia obrera", en Luisa Gabayet *et al.* (comps.) *Mujeres y Sociedad: Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*, El colegio de Jalisco-CIESAS, Guadalajara, México.

Smith, E. (1991). "La economía informal", en Plattner, S. *Antropología económica*, Alianza Editorial-Conaculta, México.

Smith, G. (1979). "Socio-Economic Differentiation and Relations of Production among Rural-Based Petty Producers in Central Peru, 1880 to 1970". En *The Journal of Peasant Studies*, vol. 6, núm. 3.

Smith, G. (1985). "Reflections on the Social Relations of Simple Commodity Production". En *The Journal of Peasant Studies*, vol. 13, núm. 1.

Stephen, L. (1990). "La cultura como recurso", en *América Indígena*, núm. 4. México.

Stephen, L. (1991) *Zapotec Women*. University of Texas Press. Austin.

Susser, I. (1996). "The Construction of Poverty and Homelessness in US Cities". En *Annual review of Anthropology*, vol. 25.

Taylor, J. (1975). "Precapitalist modes of production" en *Critique of Anthropology*, núm. 4/5.

Toledo, L. (1987). "El papel de la cultura en el proceso de subordinación de las mujeres indígenas de Chiapas" en *Textual*, núm. 21. vol. 1.

Topalov, C. (1992). "Hacer la historia de la investigación urbana. La experiencia francesa desde 1965", en *Sociológica*, año 7, UAM-A., México.

Torrado, S. (1978). "Sobre los conceptos estrategias familiares de vida y procesos de reproducción de la fuerza de trabajo: notas teórico metodológicas" en *Centro de Estudios Urbanos y Regionales*, Buenos Aires, Argentina.

Touraine, A. (1986). "Los movimientos sociales", en Galvan, F. (comp.) *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*. UAP-UAM-A, Puebla.

Tuirán, R. (2001). "Lo doméstico como estructurante y estructurado". Identidad, prácticas y propiedades normativas", en Gómez, C. (Comp.) *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. Flacso-Miguel A. Porrúa. México.

Vinovskis, M. (1977). "From Household Size to the Life Course: Some Observations on Recent Trends in Family History" en *American Behavioral Scientist*, 21.

Watkins, S. (1980). "On Measuring Transitions and Turning Points", en *Historical Methods*, núm. 3 vol. 13.

Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona.

Wilson, F. (1990). *De la casa al taller*. El colegio de Michoacán. México.

Wolf, E. (1990). "Distinguished Lectures: Facing Power-Old Insights, New Questions", en *American Anthropologist* 92.

Wolf, E. (2001). *Figurar el Poder. Ideologías de dominación y crisis*. CIESAS, México.

Worsley, P. (1970). *The Trumpet Shall Sound: a Study of "Cargo Cults" in Melanesia*, Paladin, Londres.

Worsley, P. (1984). *The Three Worlds*, University of Chicago Press, Chicago.

Zamorano, C. (2001) "De las organizaciones de colonos a las estrategias residenciales". Ponencia presentada en el cursillo *La noción de estrategia: ¿herramienta de investigación o encrucijada?*. Del 15 de octubre al 26 de noviembre del 2001, en el CIESAS, D.F.